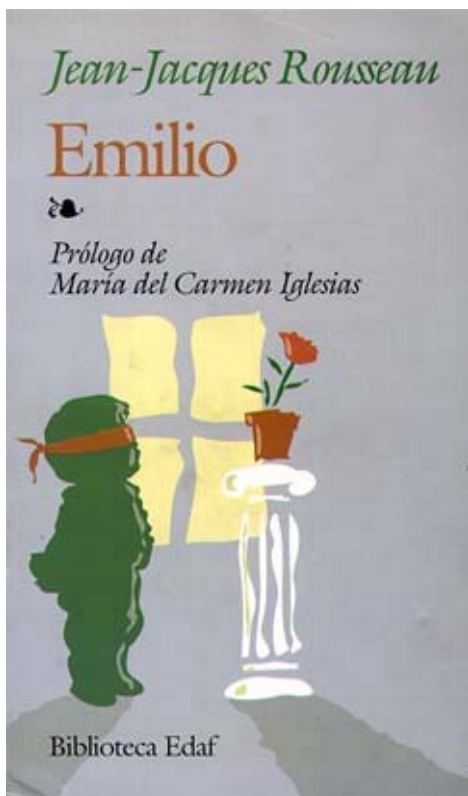


Emilio o de la educación

Jean-Jacques Rousseau

Prólogo de María del Carmen Iglesias
Traducción de Luis Aguirre Prado



1985, Editorial EDAF, S. A.
I.S.B.N.: 84-7166-266-3

ÍNDICE

PRÓLOGO, <i>por</i> María del Carmen Iglesias	11
LIBRO PRIMERO	35
LIBRO SEGUNDO	81
LIBRO TERCERO	87
LIBRO CUARTO	241
LIBRO QUINTO	411

LIBRO PRIMERO

Todo es perfecto al salir de manos del hacedor de todas las cosas; todo degenera entre las manos del hombre. Él fuerza a una tierra a nutrir las producciones de otra, a un árbol a llevar los frutos de otro; mezcla y confunde los climas, los elementos, las estaciones; él mutila a su perro, a su caballo, a su esclavo; él lo trastorna todo, lo desfigura todo, ama la deformidad, los monstruos; él no quiere nada tal y como lo ha hecho la naturaleza, incluso el hombre; él precisa ordenarlo por sí, como caballo en picadero; él precisa contornearlo a su modo, como un árbol de su jardín.

Sin esto, todo iría todavía peor, y nuestra especie no quiere estar formada a medias. En el estado en que quedan las cosas en el futuro, un hombre abandonado a sí mismo entre los demás desde su nacimiento, sería el más desfigurado de todos. Los prejuicios, la autoridad, la necesidad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que nos hallamos sumergidos, asfixiarían en él la naturaleza y no situarían nada en su lugar. Ella quedaría como un arbolito que el azar hace nacer en medio de un camino, y al que los caminantes obligan muy pronto a perecer, moviéndolo por todos lados y doblándolo en todos los sentidos.

¡Es a ti a quien yo me dirijo, tierna y previsora madre¹ que sabes apartarte de la carretera y garantizar al arbolillo naciente contra el choque de las opiniones humanas! Cultiva, riega la planta joven antes de que ella muera: sus frutos harán un día tus delicias. Forma a su hora un cerco en torno al alma de tu hijo; otro puede señalar el circuito, pero tu sola debes alzar la barrera.²

Se forman las plantas por el cultivo y los hombres mediante la educación. Si el hombre naciese grande y fuerte, su talla y su fuerza le serían inútiles hasta que él hubiese aprendido a servirse de ellas; le serían perjudiciales, impidiendo a los demás el pensar en ayudarle;³ y abandonado a sí mismo, moriría en la miseria antes de haber conocido sus necesidades. Se quejan del estado de la infancia; no se ve que la raza humana hubiera perecido, si el hombre no hubiese comenzado por ser niño.

Nacemos débiles, tenemos necesidad de fuerza; nacemos desprovistos de todo, tenemos necesidad de asistencia; nacemos estúpidos, tenemos necesidad de juicio. Todo lo que nosotros no poseemos por nuestro nacimiento y de lo que tenemos gran necesidad al ser mayores, nos es dado por la educación.

Esta educación nos viene de la naturaleza, o de los hombres o de las cosas. El desarrollo interno de nuestras facultades y de nuestros órganos es la educación de la naturaleza; el uso que se nos enseña a hacer de este desarrollo es la educación de los hombres, y la adquisición de nuestra propia experiencia sobre los objetos que nos afectan es la educación de las cosas.

Por tanto, cada uno de nosotros está formado por tres clases de maestros. El discípulo en el que sus diversas lecciones se contraríen está mal educado y jamás estará de acuerdo consigo mismo, aquel en el que ellas caigan todas en los mismos puntos, y tiendan a idénticos fines, camina sólo a su objetivo y vive consecuentemente. Este es el único bien educado.

¹ La primera educación es la que más importa, y esta primera educación corresponde incontestablemente a las mujeres: si el autor de la naturaleza hubiera querido que perteneciera a los hombres, les hubiera dado la leche para nutrir a los niños. Hablad, pues, siempre con preferencia a las mujeres en vuestros tratados de educación; pues además de que ellas están llamadas a velar más de cerca que los hombres, y que influyen de continuo más, el éxito les interesa también mucho más, dado que la mayor parte de las viudas se encuentran casi a merced de sus hijos, y que entonces les hacen ellos sentir vivamente, en bien o en mal, el efecto de la forma en que ellas los educaron. Las leyes, siempre tan ocupadas por los bienes y tan poco por las personas, porque ellas tienen por objeto la paz, y no la virtud, no dan autoridad suficiente a las madres. Sin embargo, su estado es más firme que el de los padres, sus deberes, más penosos: sus cuidados importan más al buen orden de la familia: generalmente ellas sienten más apego por sus hijos. En cierto modo existen ocasiones en que un hijo que falta al respeto a su padre puede ser excusado; pero si en una ocasión cualquiera un hijo fuese lo suficientemente desnaturalizado para faltar a su madre, que lo ha llevado en su seno, que lo ha nutrido con su leche, que durante años se ha olvidado de sí misma para ocuparse sólo de él, se debería avivarse por ahogar a ese miserable como a un monstruo indigno de ver la luz del día. Las madres, se afirma, miman a sus hijos. En esto no hay duda que cometen un error, pero acaso un error menor que vosotros que las desaprobáis. La madre quiere que su hijo sea dichoso, que lo sea desde el presente. En esto lleva razón; cuando ella se equivoca respecto a los medios, es preciso aconsejarle. La ambición, la avaricia, la tiranía, la falsa previsión de los padres, su negligencia, su dura insensibilidad, son cien veces más funestas para los niños que la ciega ternura de las madres. Por lo demás, es preciso explicar el sentido que yo doy a este nombre de madre, y esto es lo que se hará después.

² Se me asegura que Formey ha creído que yo quería hablar aquí de mi madre, y que él lo ha dicho en alguna obra. Esto es burlarse de Formey y de mí.

³ Semejante a ellos en el exterior, y privado de la palabra, así como de las ideas que ella expresa, no se hallaría en estado de hacerle comprender la necesidad que tendría de sus ayudas, y nada en él testimoniaría esa necesidad.

Ahora bien, de estas tres diferentes educaciones, la de la naturaleza no depende de nosotros; la de las cosas sólo depende en ciertos aspectos. La de los hombres es la única de la que verdaderamente somos los maestros; todavía no lo somos por suposición; porque, ¿qué es lo que se puede esperar de dirigir totalmente los consejos y las acciones de todos aquellos que rodean al niño?

Dado que la educación es un arte, es casi imposible que ella tenga éxito, pues el concurso necesario para lograrlo no depende de nadie. Todo lo que a fuerza de cuidados puede hacerse es acercarse más o menos al objetivo, mas es preciso fortuna para alcanzarlo.

¿Cuál es este objetivo? Es el de la misma naturaleza, esto acaba de ser demostrado. Puesto que el concurso de las tres educaciones es necesario para su perfección, es respecto a aquella en la que nada podemos, sobre la que es preciso dirigir las otras dos. Pero pueda ser que esta palabra naturaleza tenga un sentido demasiado vago; es preciso ocuparnos de fijarla aquí.

La naturaleza, se nos dice, sólo es un hábito.⁴ ¿Qué significa esto? ¿No existen hábitos que no se contraen sino por la fuerza, y que no aniquilan jamás la naturaleza? Tal es, por ejemplo, el hábito de las plantas a las que se reprime la dirección vertical. La planta puesta en libertad conserva la inclinación que se le ha forzado a tomar, pero la savia no ha cambiado por esto su primitiva dirección; y, si la planta continúa vegetando, su prolongación vuelve a ser vertical. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. En tanto que se permanezca en el mismo estado, se pueden conservar aquellas que resulten del hábito, y que no son las menos naturales; pero, al momento en que la situación cambia, cesa el hábito y vuelve lo natural. La educación no es ciertamente sino un hábito. Ahora bien, ¿no existen gentes que olvidan y pierden su educación, otras que la conservan? ¿De dónde procede esta diferencia? Si es necesario limitar el nombre de naturaleza a los hábitos conforme a la misma, puede ahorrarse este galimatías.

Nacemos sensibles y, desde nuestro nacimiento, somos afectados de diversas maneras por los objetos que nos rodean. Desde el momento que tenemos, por decirlo así, consciencia de nuestras sensaciones, estamos dispuestos a buscar o a huir de los objetos que las producen, primero, según que nos sean ellas agradables o no; luego, según la conveniencia o inconveniencia que encontramos entre nosotros y esos objetos, y, en fin, según los juicios que nosotros poseamos sobre la idea de felicidad o de perfección que la razón nos dé. Estas disposiciones se extienden y se afirman a medida que nos hacemos más sensibles y más instruidos; pero, constreñidos por nuestros hábitos, se alteran más o menos por nuestras opiniones. Ante esta alteración, ellas son lo que yo llamo en nosotros la naturaleza.

Por tanto es a estas disposiciones primitivas a las que precisaría relacionarlo todo; y esto se podría si nuestras tres educaciones no fuesen diferentes: pero ¿qué hacer cuando ellas son opuestas, cuando en lugar de educar un hombre para sí mismo, se quiere educar para los demás? Entonces es imposible el concierto. Forzado a combatir la naturaleza o las instituciones sociales, precisa optar entre hacer un hombre o un ciudadano: pues no se puede hacer a la vez el uno y el otro.

Toda sociedad parcial, cuando está compacta y muy unida, se enajena de la mayor. Todo patriota está duro con los extranjeros, éstos no son sino hombres, nada ante sus ojos.⁵ Este inconveniente es inevitable, pero débil. Lo esencial es ser bueno, para las gentes con las que se vive. Al exterior el espartano era ambicioso, avaro, inicuo; mas el desinterés, la equidad, la concordia reinaban en sus muros. Desconfiad de esos cosmopolitas que van a buscar lejos en sus libros deberes que desdeñan cumplir en derredor suyo. Tal filósofo ama a los tártaros, para ser dispensado de amar a sus vecinos.

El hombre natural es todo para sí; él es la unidad numérica, el entero absoluto, que no tiene otra relación que consigo mismo o con su semejante. El hombre civil sólo es una unidad fraccionaria que posee un denominador y cuyo valor está en relación con el entero, que es el cuerpo social. Las buenas instituciones sociales son las que mejor saben desnaturalizar al hombre, quitarle su existencia absoluta para darle una relativa, y transportar el yo a la unidad común; de suerte que cada particular no se cree ya uno, sino parte de la unidad, y no es ya sensible sino en el conjunto. Un ciudadano de Roma no era ni Cayo ni Lucio; era un romano, incluso cuando amaba la patria exclusivamente en él. Régulo se pretendía cartaginés como siendo derivado el bien de sus señores. En su calidad de extranjero él se negó a sentarse en el senado de Roma; precisaba que se lo ordenase un cartaginés. Se indignaba cuando se le quería salvar la vida. El venció y

⁴ Formey nos asegura que no se dice precisamente esto. Sin embargo, me parece muy justamente dicho en este verso, al que yo me proponía responder: "La naturaleza, créeme, es sólo un hábito."

Formey, que no quiere enorgullecer a sus semejantes, nos da modestamente la medida de su cerebro por la del entendimiento humano.

⁵ También las guerras de las repúblicas son más crueles que las de las monarquías. Pero si la guerra de los reyes es moderada, es su paz la que es terrible: es preferible ser su enemigo que su súbdito.

regresó triunfante para morir en el suplicio. Esto no tiene según mi parecer mucha relación respecto a los hombres que conocemos.

El lacedemonio Pedareto se presenta para ser admitido en el consejo de los trescientos; es rechazado: y regresa todo gozoso de que hayan sido encontrados en Esparta trescientos hombres que valen más que él. Yo supongo esta demostración sincera; y hay lugar a creer que ella lo era: he aquí el ciudadano.

Una mujer de Esparta tenía cinco hijos en el ejército y esperaba noticias de la batalla. Llegó un ilota; ella le interrogó temblando. "Vuestros cinco hijos han muerto." "Vil esclavo ¿te he preguntado esto?" "¡Hemos conseguido la victoria!" La madre corrió al templo y dio gracias a los dioses. He aquí la ciudadana.

Aquel que en el orden civil quiere conservar la primacía de los sentimientos de la naturaleza, sabe lo que quiere. Siempre en contradicción consigo mismo, siempre oscilando entre sus inclinaciones y sus deberes, no será nunca ni hombre ni ciudadano; no será bueno ni para él ni para los demás. Será uno de esos hombres de nuestros días, un francés, un inglés, un burgués: no será nada.

Para ser alguna cosa, para ser uno mismo y siempre uno, es preciso obrar como se habla; es preciso estar siempre decidido en cuanto al partido que se quiere tomar, tomarle altivamente y seguirlo siempre. Yo espero que se me presente este prodigio para saber si es hombre o ciudadano. o como se las compone para ser a la vez lo uno y lo otro.

De objetos necesariamente opuestos derivan dos formas de instituciones contrarias: la una pública y común, la otra particular y doméstica.

Si queréis adquirir la idea de la educación pública, leed la *República*, de Platón. Esta no es una obra política como lo consideran aquellos que sólo juzgan los libros por sus títulos: es el tratado de educación más bello que se haya hecho jamás.

Cuando se quiere enviar al país de las quimeras, se nombra la institución de Platón: si Licurgo no hubiese puesto la suya nada más que por escrito, yo la encontraría mucho más quimérica. Platón no hizo otra cosa que depurar el corazón del hombre; Licurgo lo ha desnaturalizado.

La institución pública no existe ya, y no puede seguir existiendo, porque donde no existe ya la patria, no puede seguir habiendo ciudadanos. Estas dos palabras *patria* y *ciudadano* deben ser borradas de las lenguas modernas. Yo sé bien la razón, pero no quiero decirla; no afecta en nada a mi propósito

Yo no considero como una institución pública estos risibles establecimientos a los que se llama colegios.⁶ Yo no sigo contando con la educación del mundo, porque esta educación tendente a dos fines contrarios, falla en ambos, y no es apropiada sino para hacer hombres dobles que asemejen siempre relacionarse con los demás, y no relacionándose nunca sino consigo mismos. Ahora bien estas demostraciones, como son comunes a todo el mundo, no abusan de nadie. Son, por tanto, cuidados perdidos.

De estas contradicciones nace aquella que nosotros experimentamos sin cesar en nosotros mismos. llevados por la naturaleza y por los hombres por rutas contrarias, forzados a dividirnos entre diversos impulsos, seguimos una compuesta que no nos conduce ni a uno ni a otro objetivo. De este nodo luchamos y flotamos durante todo el curso de nuestra vida y la terminamos sin haber podido ponernos de acuerdo con nosotros mismos, y sin haber sido buenos ni para nosotros ni para los demás.

Queda en fin la educación doméstica o de la naturaleza; pero ¿que llegará a ser para los demás un hombre únicamente educado para sí? Si pudiera reunirse en uno solo el doble objeto que se propone, al quitar las contradicciones del hombre se quitaría un gran obstáculo para su felicidad. Para juzgarle se necesitaría verle completamente formado, se precisaría haber observado sus inclinaciones, contemplado sus esfuerzos, seguido su marcha, en una palabra, precisaría conocer al hombre natural. Yo creo que se habrán dado algunos casos en estas investigaciones después de haber leído este texto.

Para formar este hombre raro, ¿qué tenemos que hacer? Mucho, sin duda: evitar que nada quede por hacer. Cuando sólo se trata de ir contra el viento, se deriva; pero si la mar es fuerte y se quiere permanecer en el lugar, es preciso arrojar el ancla. Ten cuidado joven piloto, de que tu cable esté seguro y de que tu ancla actúe, y de que el buque no derive antes de que tú te hayas dado cuenta.

En el orden social, en donde todas las plazas están designadas, cada uno debe ser educado para la suya. Si un particular está formado para su plaza propia, no lo está ya para nadie más. La educación sólo es útil en tanto que la fortuna se amolde a la vocación de los padres; en caso contrario es perjudicial al alumno, aunque sólo sea por los prejuicios que ella ha puesto en él. En Egipto en donde el hijo estaba obligado a

⁶ Hay, en varias escuelas, y sobre todo en la universidad de París, profesores que yo quiero, que yo estimo mucho, y a los que creo muy capaces de instruir bien a la juventud, si no se viesen forzados a seguir el uso establecido. Yo exhorto a uno de ellos a publicar el proyecto de reforma que él ha concebido. Pueda ser que acaso intente curar el mal, viendo que no carece de remedio.

abrazar el estado de su padre, la educación tenía al menos un propósito asegurado; pero, entre nosotros, en donde permanecen sólo las clases y en donde los hombres cambian sin cesar, ninguno sabe si, educando a su hijo para lo suyo, no trabaja contra él.

En el orden natural, siendo todos los hombres iguales, su vocación común es el estado de hombre; y quien quiera que esté bien educado para esto no puede cumplir mal con cuanto se relaciona con esta condición. Poco me importa que a mi alumno se le destine a las armas, a la iglesia, al foro. Antes que la vocación de los padres, la naturaleza le llama a la vida humana. Vivir es el oficio que yo quiero enseñarle; saliendo de mis manos él no será, convengo en ello, ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote; será primeramente hombre: todo lo que este hombre debe ser y sabrá serlo en la necesidad tan bien como precise; y cuando la fortuna tenga a bien hacerle cambiar de lugar, él permanecerá siempre en el suyo. *Occupavi, te, Fortuna, atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non poses.*⁷

Nuestro verdadero estudio es el de la condición humana. Aquel de entre nosotros que sabe soportar mejor los bienes y los males de esta vida es, según mi parecer, el mejor educado; de donde se sigue que la verdadera educación consiste menos en preceptos que en ejercicios. Comenzamos a instruirnos comenzando a vivir; nuestra educación comienza con nosotros; nuestro primer preceptor es nuestra nodriza. También esta palabra *education* tenía entre los antiguos un sentido que nosotros ya no le damos: significaba alimento. *Educit obstetrix*, dice Varron, *educat nutrix, instituit paedagogus, docet magister*. Según esto, la educación, la institución, la instrucción son tres cosas tan diferentes en su objeto como el aya, el preceptor y el maestro. Pero estas distinciones están mal entendidas; y, para ser bien conducido, el niño no debe seguir sino a un solo guía.

Es preciso, por tanto, generalizar nuestras posiciones, y considerar en nuestro alumno al hombre abstracto, al hombre expuesto a todos los accidentes de la vida humana. Si los hombres naciesen adheridos al suelo de un país, si la misma estación durase todo el año, si cada uno mantuviese su fortuna de modo que no pudiese cambiar jamás, la práctica establecida sería buena en ciertos aspectos; el niño educado para su estado, no saliendo jamás de él, no podría estar expuesto a los inconvenientes de otro. Pero vista la movilidad de las cosas humanas, visto el espíritu inquieto y removedor de este siglo que lo trastorna todo a cada generación, ¿se puede concebir un método más insensato que el de educar a un niño como si no tuviese nunca que salir de su habitación, como si debiese estar sin cesar rodeado de sus gentes? Si el desgraciado da un solo paso en la tierra, si él desciende un solo peldaño, está perdido. Esto no es enseñarle a soportar la pena; es capacitarle para sentirla.

Sólo se piensa en conservar su hijo; esto no es suficiente; se le debe enseñar a conservarse en tanto como hombre, a soportar los golpes de la fortuna, a desafiar la opulencia y la miseria, a vivir, si lo necesita, en los hielos de Islandia o sobre el roquedo quemante de Malta. Os habéis afanado en tomar precauciones para que él no muera; sin embargo, precisará que él muera; y cuando su muerte no sea la obra de vuestros cuidados, todavía continuarán ellos siendo mal entendidos. Se trata menos de impedirle morir que de hacerle vivir. Vivir no es respirar, es obrar; es hacer uso de nuestros órganos, de nuestros sentidos, de nuestras facultades, de todas las partes nuestras, que nos dan el sentimiento de nuestra existencia. El hombre que ha vivido más no es aquel que cuenta con más años, sino aquel que ha sentido más la vida. Tal se hizo enterrar a los cien años, que murió desde su nacimiento. Él hubo ganado el ir a la tumba en su juventud, aunque él hubiese vivido menos hasta aquel tiempo.

Toda nuestra sabiduría consiste en prejuicios serviles; todos nuestros usos no son sino sujeción, tortura y violencia. El hombre civil nace, vive y muere en la esclavitud: a su nacimiento se le cose en una mantilla; a su muerte se le clava en un féretro en tanto que él conserva la figura humana está encadenado por nuestras instituciones.

Se afirma que varias comadronas pretenden, manipulando en la cabeza de niños recién nacidos, darle una forma más conveniente, y se lo soporta; nuestras cabezas saldrían mal formadas por el autor de nuestro ser: precisaría formarlas el exterior por las comadronas, y el interior por los filósofos. Los caribes son la mitad más felices que nosotros.

"Apenas el niño ha salido del seno de la madre, y apenas goza de la libertad de mover y extender sus miembros, cuando se les ponen nuevas ligaduras. Se le enmantilla, se le acuesta con la cabeza inmóvil y las piernas alargadas, pendientes los brazos a los lados del cuerpo, él queda rodeado de telas y vendajes de toda clase, que no le permiten cambiar de posición. Feliz si no se le estrecha hasta el punto de impedirle respirar. y si se ha tenido la precaución de acostarle sobre un lado a fin de que las aguas que el debe echar por la boca

⁷ Párrafo capital, en el que se expresa concretamente el objeto del libro. Cicerón, *Tusculanas*, versículo 9: "¡Oh suerte, me anticipé a ti y te hice prisionera: cerré todos tus caminos para que no lograses apresarme!"

puedan salir por sí mismas, pues él no tendría la libertad de volver la cabeza hacia el lado para facilitar el vómito".

El niño recién nacido tiene necesidad de extender y mover sus miembros para sacarlos del embotamiento en donde, semejantes a un ovillo, han permanecido durante tanto tiempo. Se le extiende, es cierto, pero se le impide moverse; la misma cabeza se le sujeta mediante gorros: parece que se tiene miedo de que él no tenga el aire suficiente para vivir.

De este modo el impulso de las partes interiores de un cuerpo que tiende al crecimiento encuentra un obstáculo insuperable para los movimientos que él solicita. Continuamente hace el niño esfuerzos inútiles que agotan sus fuerzas o retardan su progreso. Él estaba menos reducido, menos trabado, menos comprimido en los amnios que lo está en sus mantillas; yo no veo que es lo que ha ganado al nacer.

La inacción, el costreñimiento en que se retienen los miembros de un niño sólo pueden entorpecer la circulación de la sangre, de los humores, impedir que el niño se fortifique, crecer y alterar su constitución. En los lugares en donde no existen estas precauciones extravagantes todos los hombres son altos, fuertes y bien proporcionados. Los países en donde se enmantilla a los niños son los que rebosan de jorobados, de cojos, de patizambos, de raquíuticos, de gentes contrahechas de toda clase. Por miedo a que los cuerpos no se deformen mediante movimientos libres, se apresura a deformarlos poniéndoles bajo presión. Se les haría con gusto baldados para impedirles estropearse.

Una violencia tan cruel, ¿podría no influir sobre su humor así como sobre su temperamento? Su primer sentimiento es un sentimiento de dolor y de pena: ellos no encuentran sino obstáculos para todos los movimientos de que tienen necesidad: más desgraciados que un criminal encadenado, ellos hacen vanos esfuerzos, se irritan, gritan. Sus primeras voces, decid. ¿son lágrimas? Yo lo creo así: les contrariáis desde su nacimiento; los primeros dones que reciben de vosotros son cadenas; los primeros tratos que perciben son tormentos.

No teniendo otra cosa libre que la voz ¿cómo no servirse de ella para quejarse? Ellos gritan por el mal que les hacéis: así, agarrotado, gritarías más fuerte que ellos.

¿De dónde procede este uso irrazonable? De un uso desnaturalizado. Desde que las madres, despreciando su primer deber, no han querido ya alimentar a sus hijos, ha sido necesario confiarlos a mujeres mercenarias que se encuentran así madres de niños extraños respecto a los cuales la naturaleza no les dice nada, sólo han buscado ahorrarse trabajo. Es necesario velar sin cesar a un niño en libertad; pero, cuando él está bien ligado se le arroja a un rincón sin embarazarse con sus gritos. Dado que no existen pruebas de la negligencia de la nodriza, puesto que la criatura no se rompe ni brazo ni pierna, ¿qué importa, por lo demás, que perezca o que permanezca enferma para el resto de sus días? Se conservan sus miembros a expensas de su cuerpo y sea cual sea lo que suceda, la nodriza está disculpada.

Esas dulces madres que, desembarazadas de sus hijos, se entregan alegremente a las diversiones de la ciudad, ¿saben ellas, sin embargo, qué tratamiento recibe el niño de mantillas en el pueblo? Al menor incidente que sobreviene, se le suspende de un clavo como un paquete de telas; y mientras que la nodriza anda a sus asuntos sin apresurarse, el desgraciado permanece crucificado de este modo. Todos aquellos que se han encontrado en esta situación tenían el rostro violado; el pecho sumamente comprimido no dejando circular la sangre que se les subía a la cabeza; y se creía al paciente muy tranquilo porque carecía de fuerzas para gritar. Ignoro cuantas horas puede permanecer un niño en este estado sin perder la vida, pero dudo que esto pueda tener mucha continuidad. He aquí, yo pienso, una de las mayores comodidades de las mantillas.

Se pretende que los niños en libertad podrán tomar malas posiciones, y darse a movimientos capaces de perjudicar la buena conformación de sus miembros. Éste es uno de los vanos razonamientos de nuestra falsa sabiduría, y que jamás ha confirmado práctica alguna. En esa multitud de niños que, en pueblos más sensatos que nosotros, son criados con toda la libertad de sus miembros, no se ve ni uno sólo que se hiera ni se estropee; ellos no acertarían a dar a sus movimientos la fuerza que podría hacerlos peligrosos; y cuando toman una posición violenta, en seguida les advierte el dolor la necesidad de cambiar.

Todavía no se nos ha ocurrido poner en mantillas a los hijos de los perros ni de los gatos; ¿vemos que resulte para ellos inconveniente alguno de este descuido? Los niños son más fuertes; de acuerdo, pero en proporción ellos son también más débiles. Si apenas pueden moverse, ¿como se van a lastimar ellos? Si se les extiende sobre la espalda morirán en esta posición, sin poderse jamás dar la vuelta, como la tortuga.

No contentas de haber cesado de alimentar a sus hijos, las mujeres han terminado por no quererlo hacer; la consecuencia es natural. Desde que el estado de madre es oneroso, se ha hallado muy pronto el medio de librarse totalmente de él; se quiere hacer una obra inútil, a fin de recomenzarla siempre, y se desvía en perjuicio de la especie el atractivo dado para multiplicarla. Este uso, agregado a las otras causas de despoblación, nos anuncia la inmediata suerte de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las

costumbres que ello engendra no tardarán en hacer de ella un desierto, poblado de fieras: no habrá cambiado mucho de habitantes.

He visto algunas veces el liviano manejo de las jóvenes que fingen querer nutrir a sus hijos. Se sabe el modo de apresurar el renunciamiento a esta fantasía: mañosamente se hace intervenir a los esposos, los médicos,⁸ sobre todo las madres. Un marido que osara consentir que su mujer alimentase a su hijo sería un hombre perdido; se le convertiría en un asesino que quiere deshacerse de ella. Esposos prudentes, es preciso inmolar a la paz el amor paternal. ¡Felices quienes se hallen acompañados de mujeres más virtuosas que las vuestras! Más felices si el tiempo que ellas ganan está dedicado sólo a vosotros.

El deber de las mujeres no es dudoso: pero se discute si en el abandono que ellas mantienen, es el mismo para los niños el ser alimentados con su leche o con la de otra. Lo considero esta cuestión, en la que los médicos son los jueces, por decidida según el deseo de las mujeres; y en cuanto a mí, yo pienso que es mejor que el niño succione la leche de una nodriza sana, que de una madre dañada, dado que hubiese algún nuevo mal que temer de la misma sangre en que él se ha formado.

Pero la cuestión ¿debe enfocarse solamente por el lado físico? Y el niño ¿tiene menos necesidad de los cuidados de una madre que de su pecho? Otras hembras, los mismos animales, podrán darle la leche que ella le niega: la solicitud maternal no se suple. La que lacta al hijo de otra en lugar del suyo es una mala madre. ¿Cómo ha de ser una buena nodriza? Podrá llegar a serlo, pero lentamente; será necesario que el hábito cambie la naturaleza: y el niño mal cuidado tendrá tiempo de perecer cien veces antes de que su nodriza haya adquirido para él una ternura de madre.

De esta misma ventaja deriva un inconveniente que por sí solo debería quitar a toda mujer sensible el valor de hacer alimentar a su hijo por otra, y es el de dividir el derecho de madres o mejor dicho, de enajenarlo; al ver a su hijo amar a otra mujer tanto y más que a ella; comprobar que la ternura que él guarda para su propia madre es una gracia y que la que siente por su madre adoptiva es un deber: pues en donde yo he hallado los cuidados de una madre, ¡no debo yo el amor de un hijo!

La manera con que se pone remedio a este inconveniente es inspirando a los niños el desprecio por sus nodrizas y tratándolas como verdaderas sirvientes. Cuando ha acabado su servicio se retira al niño y se licencia a la nodriza; a fuerza de recibirla mal se la desalienta para volver a ver al que amamantó. Al cabo de algunos años éste no la ve ya y no la conoce. La madre que crea sustituirse en la misión de aquella y reparar su negligencia por su crueldad se equivoca. En lugar de hacer un tierno hijo de una criatura desnaturalizada, le ejercita en la ingratitud; ella le enseña a despreciar un día a aquella que le dio la vida como aquella que le alimentó con su leche.

¡Cuánto insistiría yo sobre este punto, si fuese menos desalentador el debatir en vano temas útiles! Esto implica mucho más de cuanto se piensa. ¿Queréis enseñar a cada uno sus deberes elementales? Comenzad por las madres; os asombraréis de los cambios que produciréis. Todo deriva sucesivamente de esta primera depravación: todo el orden moral se altera; lo natural se extingue en todos los corazones; el interior de las casas toma un aire menos vivo; el espectáculo de una familia recién formada en donde los cónyuges están divididos no suscita consideraciones a los ajenos a ella: se respeta menos a la madre a la que no se ve con los hijos; no hay estabilidad en las familias; el hábito no refuerza los lazos de la sangre; no existen ya ni padres ni madres, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas; apenas si se conocen. ¿Cómo podrán amarse? Cada cual sólo piensa en sí mismo. Cuando el hogar no es sino una triste soledad, se impone el ir a distraerse a otra parte.

Pero que las madres se dignen amamantar a sus hijos, y las costumbres se reformarán por sí mismas, se despertarán en todos los corazones los sentimientos de la naturaleza; se repoblará el estado: este primer punto, este solo punto lo reunirá todo. El atractivo de la vida doméstica es el mejor contraveneno de las malas costumbres. El jaleo de los niños, que se considera importuno, se convierte en agradable; hace al padre y a la madre más necesarios, más queridos entre sí; estrecha en ellos el lazo conyugal. Cuando la familia está viva y animada, los cuidados domésticos son la más estimada ocupación de la mujer y el más dulce entretenimiento del marido. Así, de este solo abuso corregido resultaría muy pronto una reforma general, no tardaría la naturaleza en recobrar todos sus derechos. Que de una vez vuelvan a ser madres las mujeres y bien pronto volverán a ser padres y maridos los hombres.

¡Discurso superfluo! El hastío de los placeres del mundo jamás conduce a esto. Las mujeres han cesado de ser madres: no quieren serlo. Cuando lo quisieran, apenas lo podrían; hoy que está establecido el

⁸ La liga de mujeres y de médicos me ha parecido siempre una de las más divertidas singularidades de París. Es por las mujeres por las que adquieren los médicos su reputación, y es por los médicos por quienes hacen sus voluntades las mujeres. Se sospecha cuál es la clase de habilidad que necesita un médico de París para llegar a ser célebre.

uso contrario, cada una de ellas tendría que combatir la oposición de todas aquellas allegadas, unidas contra un ejemplo que las unas no han dado y que las otras no quieren seguir.

Sin embargo, algunas veces se encuentran todavía jóvenes de buen natural que respecto a este punto se atreven a desafiar el imperio de la moda y los clamores de su sexo, cumpliendo con virtuosa intrepidez este deber tan dulce que la naturaleza les impone. ¡Pueda aumentar su número por el atractivo de los bienes a ellas destinados y que les revierten! Fundamentado en las consecuencias que facilitan el más elemental razonamiento y en observaciones que nunca he visto desmentidas, me atrevo a prometer a estas dignas madres un apego sólido y constante de parte de sus maridos, una ternura verdaderamente filial de parte de sus hijos, la estimación y el respeto del público, partos felices sin complicación y sin consecuencias, una salud firme y vigorosa, y, en fin, el placer de verse un día imitadas por sus hijas y citadas como ejemplo a las de las demás.

No hay madre, no hay hijo. Entre ambos, los deberes son recíprocos; si éstos son mal cumplidos por una parte, quedarán relajados de la otra. El hijo debe amar a su madre antes de saber cuánto le debe. Si la voz de la sangre no está fortalecida por el hábito y los cuidados, se esfuma en los primeros años y el corazón muere, por decirlo así, antes de nacer. Henos aquí desde los primeros pasos fuera de la naturaleza.

De distinto modo acontece cuando se deriva por una ruta opuesta; cuando, en lugar de debilitar los cuidados de una madre, una mujer los lleva al exceso; cuando hace de su hijo un ídolo, cuando ella aumenta y fortalece su debilidad para impedirle sentirla, y esperando sustraerle a las leyes de la naturaleza aparta de él los contratiempos penosos, sin pensar cuánto, por algunas molestias de que le preserve un instante, acumula a la larga de accidentes y de peligros sobre él, y cuán bárbara precaución es el prolongar la debilidad de la infancia bajo las fatigas de los adultos. Tetis, para hacer invulnerable a su hijo, dice la fábula que lo sumergió en las aguas del Styx. Esta alegoría es bella y significativa. Las madres crueles de las cuales hablo actúan de manera distinta; a fuerza de introducir a sus hijos en la molicie, los preparan para el sufrimiento; abren sus poros a los males de toda especie, de los cuales no se sustraerán al ser presa segura cuando mayores.

Observad la naturaleza y seguid la ruta que ella os traza. Ella actúa continuamente sobre los niños; endurece su temperamento mediante pruebas de toda clase; les enseña a su tiempo lo que es pena y dolor. Los dientes, al salir, le causan fiebre; los cólicos agudos les producen convulsiones, las toses prolongadas le sofocan; las lombrices le atormentan; la plétora corrompe su sangre; diversas levaduras, al fermentar, le ocasionan peligrosas erupciones. Casi toda la primera edad es enfermedad y peligro: la mitad de los niños que nacen perecen antes del octavo año. Ya probado, el niño recobra fuerzas; y tan pronto como él puede hacer uso de la vida, el principio queda ya más asegurado. He aquí la regla de la naturaleza. ¿Por qué la contrariáis? ¿No veis que, pensando corregirla, destruís su obra, impedís el efecto de sus cuidados? Hacer al exterior lo que ella hace en el interior es, según vosotros, redoblar el peligro; y, por el contrario, es hacer diversión, es extenuarlo. La experiencia demuestra que mueren muchos más niños criados delicadamente que de los otros. Dado que no se atiende a la medida de sus fuerzas, se arriesga menos al emplearlas que al regularlas. Ejercitarlas, pues, para aquellos trabajos que tendrán que soportar un día. Endureced sus cuerpos en las intemperies de las estaciones, de los climas, de los elementos, en el hambre, la sed, la fatiga; introducidlos en el agua del Styx. Antes que sea adquirido el hábito del cuerpo, se le da el que se desee, sin peligro; pero cuando ya ha adquirido consistencia, cualquier alteración le resulta peligrosa. Un niño soportará cambios que no soportaría un hombre: las fiebres del primero, leves y flexibles, adquieren sin esfuerzo el giro que se les da; las del hombre, más agudas, no cambian con violencia el giro que han recibido. Por tanto, se puede lograr un niño robusto sin exponer su vida y su salud; y cuando corriese algún riesgo, no surgiría la duda respecto a éste. Ya que los riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué cosa mejor podemos hacer que rechazarlos en el período de su duración, cuando son menos desventajosos?

Un niño llega a ser más valioso cuando avanza en su edad. Al precio de su persona se agrega el de los cuidados que él ha costado; a la pérdida de su vida se agrega el sentimiento de la muerte. Es sobre todo en su futuro en el que es necesario pensar, velando por su conservación, es para los males de la juventud para lo que hay que armarle, antes que éstos lleguen: pues si el precio de la vida aumenta hasta la edad de hacerla útil, ¿qué locura no es ahorrar algunos males en la infancia, multiplicándolos en la edad de la razón! ¿Son éstas las lecciones del maestro?

El destino del hombre es padecer en todos los tiempos. El mismo cuidado de conservación va unido al dolor. ¡Dichoso si sólo conoce en su infancia los males físicos, males mucho menos crueles, mucho menos dolorosos que los otros, y que mucho más raramente que ellos nos hacen renunciar a la vida! Nadie se mata por los dolores de la gota; sólo los del alma son los que producen la desesperación. Nos dolemos de

la suerte de la infancia, y es de la nuestra de la que precisaría quejarse. Nuestros mayores males proceden de nosotros mismos.

Al nacer, grita el niño; su primera infancia se pasa en llanto. Unas veces se le mueve, se le mima para sosegarle; otras se le amenaza, se le pega para hacerle callar. O hacemos lo que le complace, o le exigimos lo que nos conviene; o nos sometemos a sus caprichos, o lo sometemos a los nuestros: nada de término medio es preciso que dé órdenes o que las reciba. De esta forma, sus primeras ideas son las de imperio y de servidumbre. Antes de saber hablar, manda; antes de poder obrar, obedece; y de cuando en cuando se le castiga antes que pueda conocer sus faltas o aun de cometerlas. Por este procedimiento se vierten con anticipación en su joven corazón las pasiones que en seguida se imputan a la naturaleza, y luego de haberse tomado el trabajo de hacerlo malo, nos quejamos de encontrarlo tal.

Un niño pasa seis o siete años de esta manera en manos de las mujeres, víctima de sus caprichos y del propio; y luego de haberle hecho aprender esto y aquello, es decir, después de haber cargado su memoria, o de palabras que no puede entender, o de cosas que no le sirven para nada; después de haber asfixiado lo natural por las pasiones que le han creado, se coloca este ser ficticio en las manos de un preceptor, el cual acaba de desarrollar los gérmenes artificiales que él encontró totalmente formados, y le enseña todo, menos a conocerse, menos a sacar partido de sí mismo, menos a saber vivir y hacerse dichoso. En fin, cuando este niño, esclavo y tirano lleno de ciencia y desprovisto de sentido, igualmente débil de cuerpo y de alma, es lanzado al mundo; y al mostrar su inepticia, su orgullo y todos sus vicios, nos hace deplorar la miseria y la perversidad humanas. Nos equivocamos; éste es el hombre de nuestros caprichos: el de la naturaleza está formado de modo distinto.

Si queréis, pues, que conserve su forma original, conservársela desde el instante que viene al mundo. Tan pronto como nazca, apoderaos de él y no le abandonéis ya hasta que no sea hombre; sin esto no tendréis éxito jamás. Como la verdadera nodriza es la madre, el verdadero preceptor es el padre. Que ambos se pongan de acuerdo en el orden de sus funciones, del mismo modo que en su sistema; que de las manos del uno el niño pase a las del otro. El será mejor educado por un padre juicioso y comedido que por el maestro más sabio del mundo: pues el celo suplirá mejor al talento que el talento al celo.

Pero los negocios, las funciones, los deberes... ¡Ah!, los deberes; ¡sin duda el último es el del padre!⁹ No nos extrañemos de que un hombre, cuya mujer ha desdeñado el alimentar al fruto de su unión, desdeñe el educarlo. No existe cuadro más encantador que el de la familia; pero un solo rasgo alterado desfigura a todos los demás. Si la madre tiene precaria salud para ser nodriza, el padre tendrá demasiados asuntos para ser preceptor. Los hijos, alejados, dispersos en pensiones, en conventos, en colegios, llevarán por todas partes el amor de la casa paterna, o, por decirlo mejor, ellos extenderán el hábito de no estar apegados a nada. Los hermanos y las hermanas apenas se conocerán. Cuando todos estén unidos en ceremonia, podrán ser muy corteses entre sí; se tratarán como extraños. Tan pronto como no existe ya intimidad entre los padres, la sociedad familiar no mantiene la dulzura de la vida, y es preciso recurrir a las malas costumbres para suplirla. ¿Cómo es el hombre tan estúpido que no vea la cadena de todo esto?

Un padre, cuando engendra y alimenta a sus hijos, no hace con esto sino el tercio de su tarea. El debe hombres a su especie, debe hombres sociables a la sociedad y debe ciudadanos al estado. Todo hombre que puede pagar esta triple deuda y no lo hace es culpable, y más culpable acaso cuando la paga a medias. El que no puede cumplir los deberes de padre no tiene el derecho de serlo. No existe ni pobreza, ni trabajos, ni respeto humano que le dispensen de alimentar a sus hijos ni de educarlos por sí mismos. Lectores, podéis creerme. Yo auguro a cualquiera que posea entrañas y descuide tan sagrados deberes, que verterá durante mucho tiempo lágrimas amargas por una falta de la que jamás será consolado.

Mas, ¿qué hace este hombre rico, ese padre de familia tan atareado, y forzado, según él, a dejar a sus hijos en el abandono? Él paga a otro hombre para llevar estos cuidados que están a su cargo. ¡Alma venal!, ¿crees tú dar a tu hijo otro padre por el dinero? No, te equivocas con esto; no es un maestro lo que tú le das; es un lacayo, que formará muy pronto otro.

⁹ Cuando se lee en Plutarco que Catón, el censor, que gobernó Roma con tanta gloria, educó por sí mismo a su hijo desde la cuna, y con tal cuidado que lo dejaba todo para estar presente cuando la nodriza, es decir la madre, lo manejaba y lavaba; cuando se lee en Suetonio que Augusto dueño del mundo, al que había conquistado y al que reformaba, enseñaba por sí mismo a sus nietos a escribir, a nadar, los elementos de las ciencias, y que los tenían sin cesar en su derredor, no puede evitarse el reír de las insignificantes buenas gentes de este tiempo que se mofan de semejantes niñerías; demasiado limitado sin duda para saber dedicarse a los grandes negocios de los grandes hombres de nuestros días.

Se razona mucho sobre las cualidades de un buen preceptor. La primera que yo exigiría, y ésta sola ya supone muchas de las demás, es la de no ser un hombre venal. Existen oficios tan nobles que no se pueden desempeñar mediante dinero sin mostrarse indignos de desempeñarlos; tal es el del hombre de guerra; tal es el del maestro. ¿Quién educará, pues, a mi hijo? Ya te lo he dicho: tú mismo. Yo no puedo. ¿Tú no puedes? ... Hazte un amigo. Yo no veo otro recurso.

¡Un preceptor! ¡Oh, qué alma sublime!... En verdad, para hacer un hombre es preciso ser, o padre, o más que un hombre como tal. He aquí la función que confiáis tranquilamente a los mercenarios.

Cuanto más se medita, más se perciben nuevas dificultades. Se precisaría que el preceptor hubiese sido educado por su alumno, que sus criados hubiesen sido capacitados por su señor, que todos aquellos que están en su intimidad hubiesen recibido las impresiones que deben transmitirle; precisaría, de educación en educación, remontar hasta no sé dónde. ¿Cómo es posible que se pueda lograr que un niño sea bien educado por quien no lo ha sido?

Ese raro mortal, ¿es inencontrable? Yo lo ignoro. En estos tiempos de envilecimiento, ¿quién sabe hasta qué punto de virtud puede alcanzar todavía un alma humana? Pero supongamos hallado este prodigio. Considerando lo que él debe hacer, es, como veremos, lo que él debe ser. Lo que yo creo ver de antemano es que un padre capaz de comprender todo el precio de un buen preceptor tomaría el partido de abstenerse. pues pondría más trabajo en adquirirlo que en ejercitarlo por sí mismo. ¿Quiere, pues, hacerse un amigo? Que eduque a su hijo para serlo; he aquí dispensado de buscarlo por otra parte, y la naturaleza ha realizado ya la mitad de la obra.

Alguien del que yo no conozco sino el linaje me ha propuesto educar a su hijo. Sin duda me ha hecho un gran honor; pero, lejos de quejarse de mi negativa, él debe alabarse de mi discreción. Si yo hubiese aceptado su ofrecimiento, y hubiese errado en mi método, habría sido una educación truncada; si yo hubiese tenido éxito, esto hubiera sido mucho peor, pues su hijo hubiese renegado de su título y no hubiese querido ser príncipe.

Yo estoy demasiado penetrado de la grandeza de los deberes de un preceptor, y siento demasiado mi incapacidad para aceptar jamás una misión semejante de cualquier parte que ella me sea ofrecida; y el mismo interés de la amistad sólo sería para mí un nuevo motivo de negativa. Yo creo que, después de haber leído este libro, pocas gentes estarán tentadas para hacerme este ofrecimiento; yo ruego a cuantos pudieran hacerlo que no se tomen ese inútil trabajo. Yo he hecho en otro tiempo un ensayo suficiente de este cometido para quedar asegurado de que no soy apropiado para ello, y mi estado me dispensaría cuando mis talentos me presentaran como capaz. He creído un deber esta declaración pública para aquellos que parece que no me conceden la suficiente estimación para creerme sincero y fundamentado en mis resoluciones.

Exento de condiciones para cumplir la tarea más útil, me atreveré al menos a intentar la más fácil: a imitación de tantos otros, ya no pondré mano en la obra, sino en la pluma; y en lugar de hacer lo que es necesario, me esforzaré en decirlo.

Sé que, en las empresas semejantes a ésta, el autor, siempre a su conveniencia, en los sistemas que él está autorizado a poner en práctica, da sin esfuerzo copia de bellos preceptos imposibles de seguir, y que, carente de detalles y de ejemplos, cuanto dice, incluso practicable, queda carente de uso cuando no se ha evidenciado la aplicación.

Por tanto, yo he tomado la decisión de procurarme un alumno imaginario, suponerme la edad, la salud, los conocimientos y todas las facultades convenientes para procurar su educación, conducirlo desde el momento de su nacimiento hasta aquel en que, adulto, no tendrá más necesidad de otro guía que él mismo. Esto me parece útil para impedir que un autor que desconfía de sí se pierda en visiones; pues desde que él se aparte de la práctica ordinaria, no tendrá sino que hacer la prueba de la suya sobre su alumno, percibirá al instante, o el lector lo percibirá por él, si sigue el progreso de la infancia y la marcha natural al corazón humano.

Esto es lo que he procurado hacer en todas las dificultades que se han presentado. Para no aumentar inútilmente el libro, me he contentado con plantear los principios de los cuales cada uno debía percibir la verdad. Pero en cuanto a las reglas que pudieran tener necesidad de pruebas, yo las he aplicado todas a mi Emilio o a otros ejemplos, y he hecho ver en detalles muy amplios cómo cuanto yo establecía podía ser practicado; tal es, al menos, el plan que yo me he propuesto seguir. Corresponde al lector juzgar si lo he logrado.

Ateniéndome a esto, en principio he hablado poco de Emilio, porque mis primeras máximas educativas, aunque contrarias a aquellas que están establecidas, son de una evidencia a la que no puede negar su asentimiento cualquier hombre razonable. Pero a medida que avanzo, mi alumno, guiado de modo distinto a los vuestros, ya no es un niño y precisa un régimen expreso para él. Como consecuencia, aparece

más frecuentemente sobre la escena, y hacia los últimos tiempos yo no le pierdo ya ni un momento de vista, hasta que, sea cual sea lo que diga, él no tenga ya la menor necesidad de mí.

Yo no hablo aquí de las cualidades de un buen preceptor, las supongo, y me supongo a mí mismo dotado de todas esas cualidades. Leyendo esta obra se verá cuánta liberalidad empleo conmigo.

Subrayaré solamente, contra la opinión común, que un preceptor de un niño debe ser joven, e incluso tan joven como pueda ser un hombre prudente. Yo quisiera que fuese él mismo niño, si esto fuese posible, que pudiera convertirse en el compañero de su alumno y atraerse su confianza compartiendo sus diversiones. No existen suficientes cosas comunes entre la infancia y la edad madura para que se forme jamás un apego muy sólido a esa distancia. Los niños lisonjean a los ancianos, pero no los aman nunca.

Se querría que el preceptor tuviese ya formada una educación. Esto es demasiado; un mismo hombre no puede hacer sino una: si se precisaran dos para tener acierto, ¿con qué derecho se emprendería la primera?

Con más experiencia se acertaría mejor, pero no se podría hacer más. Quienquiera que logra esto una vez lo suficientemente bien para percibir todas las dificultades, no intenta volverlo a hacer; y si lo ha realizado mal la primera vez, esto es un funesto prejuicio para la segunda.

Es muy diferente, convengo en ello, seguir a un joven durante cuatro años o guiarlo durante veinticinco. Vosotros dais un preceptor a vuestro hijo ya formado; yo quiero que tenga uno antes que nazca. Vuestro hombre puede cambiar de alumno a cada lustro; el mío no tendrá jamás más que uno. Vosotros distinguís el preceptor del maestro. ¡Otra locura! ¿Distinguís el discípulo del alumno? No existe nada más que una ciencia que enseñar a los niños: ésta es la de los deberes del hombre. Esta ciencia es una, y, a pesar de lo que haya dicho Jenofonte de la educación de los persas, ésta no se divide. Por lo demás, yo llamo más maestro que preceptor al profesor de esta ciencia, porque se trata menos para él de instruir que de conducir. Él no debe dar preceptos, debe hacer que se descubran.

Si es necesario escoger con tanto cuidado al preceptor, a él le está permitido escoger también a su alumno, sobre todo cuando se trata de un modelo que proponer. Esta elección no puede recaer ni sobre el genio ni sobre el carácter del niño, que no es conocido sino al final de la obra, y al que yo adopto antes que él haya nacido. Dado que yo pudiese escoger, no tomaría sino un espíritu común, tal como yo supongo a mi alumno. No se precisa educar sino a los hombres vulgares; su educación debe servir sólo de ejemplo a la de sus semejantes. Los otros se educan a pesar de lo que se haga.

El país no es indiferente a la cultura de los hombres; éstos sólo son lo que pueden ser en los climas templados. En los climas extremos es visible la desventaja. Un hombre no está plantado como un árbol en un país para permanecer siempre; y aquel que parte de uno de los extremos para llegar al otro, está forzado a hacer doble camino del que hace, para llegar al mismo término, aquel que parte del término medio.

Aunque el ambiente de un país templado recorra sucesivamente los dos extremos, su ventaja continúa evidente; pues aunque él quede un tanto modificado respecto al que va de un extremo a otro, se aleja sin embargo la mitad menos de su constitución natural. Un francés vive en Guinea y en Laponia; pero un negro no vivirá lo mismo en Tornea que en Samoyedo o en Benin. Parece también que la organización del cerebro es menos perfecta en ambos extremos. Ni los negros ni los lapones tienen el sentido de los europeos. Por tanto, si yo quiero que mi alumno pueda ser habitante de la tierra, lo escogeré en una zona templada; por ejemplo, en Francia, más que en cualquier otra parte.

En el norte, los hombres consumen mucho sobre un suelo ingrato; en el mediodía, consumen poco sobre un suelo fértil; de aquí nace una nueva diferencia, que hace a los unos laboriosos y a los otros contemplativos. La sociedad nos ofrece en un mismo lugar la imagen de las diferencias entre los pobres y los ricos: los primeros habitan el suelo ingrato, y los otros el país fértil.

El pobre no tiene necesidad de educación; la de su estado es forzada y él no sabría alcanzar otra; por el contrario, la educación que recibe el rico de su estado es la que le conviene menos para sí mismo y para la sociedad. Además, la educación natural debe hacer a un hombre apropiado para todas las condiciones humanas: ahora bien, es menos razonable educar a un pobre para ser rico que a un rico para ser pobre; pues en proporción al número de los dos estados, existen más arruinados que afortunados. Escojamos, pues, un rico; estaremos seguros al menos de haber hecho un hombre más, en lugar de que un pobre pueda llegar a ser hombre.

Por idéntica razón, no me pesa que Emilio tenga linaje. Ésta será siempre una víctima arrebatada al prejuicio.

Emilio es huérfano. No importa que tenga su padre y su madre. Cargados con sus deberes, yo les sucedo en todos los derechos. Él debe honrar a sus padres, pero no debe obedecer a nadie sino a mí. Esta es mi primera, o, mejor dicho, mi única condición.

Debo agregar esta otra, que no es sino una continuidad: que no se nos separará jamás al uno del otro sin nuestro consentimiento. Esta cláusula es esencial, y yo quisiera incluso que el alumno y el preceptor se considerasen de tal modo como inseparables, que la suerte de sus días fuese siempre entre ellos un objeto común. Tan pronto como ellos proyecten en su alejamiento su separación, tan pronto como ellos prevean el momento en que debe hacerles extraños el uno al otro, ellos ya lo son; cada uno desarrolla su pequeño sistema aparte; y ambos, gastando el tiempo en que ya no están unidos, sólo persisten de mala gana. El discípulo no mira al maestro sino como la enseña y el azote de la infancia; el maestro no considera al discípulo sino como un pesado fardo del que se aviva por ser descargado; ellos aspiran de concierto al momento de verse liberados el uno del otro, y como nunca hubo entre ellos verdadera afección, el uno debe tener poca vigilancia, el otro poca docilidad.

Pero cuando ellos se consideran como obligados a pasar sus días unidos, les importa hacerse amar mutuamente, y por esta razón llegan a quererse. El alumno no se sonroja en seguir desde su infancia al amigo que debe tener cuando mayor; el preceptor pone interés en sus cuidados, de los cuales debe recoger el fruto, y todo el mérito que él concede a su alumno es un fondo que él coloca en beneficio de sus días de vejez.

Este contrato hecho de antemano supone un parto feliz, un niño bien formado, vigoroso y sano. Un padre no debe escoger ni tampoco tener preferencia en la familia que Dios le ha dado: todos sus hijos son igualmente sus hijos; les debe a todos los mismos cuidados y la misma ternura. Que ellos estén dañados o no, que estén débiles o robustos, cada uno de ellos es un depósito del que debe dar cuenta, y el matrimonio es un contrato hecho con la naturaleza tan bien como entre los cónyuges.

Pero quienquiera que se imponga un deber que la naturaleza no le ha impuesto debe asegurarse antes de los medios para cumplirlo, de otra manera, él se hace culpable incluso de lo que no ha podido hacer. Aquel que se encarga de un alumno enfermo y valetudinario, cambia su función de preceptor por la de enfermero y pierde en cuidar una vida inútil el tiempo que él destinaba a aumentar el precio, él se expone a ver a una madre desconsolada reprocharle un día la muerte de un hijo que él conservara durante largo tiempo.

Yo no me encargaré de un niño enfermo y cacoquímico, que deba vivir ochenta años. Yo no quiero un alumno siempre inútil para sí mismo y para los demás, que únicamente se ocupe en conservarse y cuyo cuerpo perjudica la educación del alma. ¿Qué haría yo prodigándole vanamente mis cuidados, sino doblar la pérdida de la sociedad y quitarle dos hombres por uno? Yo consiento, y apruebo su caridad, el que otro, en sustitución mía, se encargue de este enfermo; pero mi talento no se adapta a esto: yo no sé enseñar a vivir a quien sólo piensa en evitarse el morir.

Es necesario que el cuerpo tenga el vigor para obedecer al alma: un buen servidor debe ser robusto. Sé que la intemperancia excita las pasiones; las maceraciones, los ayunos, producen con frecuencia el mismo efecto por una causa contraria. Cuanto más débil es el cuerpo, más ordena; cuanto más fuerte es, más obedece. Todas las pasiones sensuales se alojan en cuerpos afeminados; se irritan tanto más cuanto menos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo débil debilita el alma. De aquí el imperio de la medicina, arte más pernicioso a los hombres que todos los males que él pretende curar. En cuanto a mí, no sé de qué enfermedad nos curarían los médicos, pero sé que ellos nos las facilitan bien funestas: la cobardía, la pusilanimidad, la credulidad, el terror a la muerte: si ellos curasen el cuerpo, matarían el valor. ¿Qué nos importa que ellos hagan marchar a los cadáveres? Son hombres los que necesitamos, y no se les ve salir de sus manos.

La medicina está de moda entre nosotros, debe estarlo. Es la diversión de gentes ociosas y desocupadas, que no sabiendo qué hacer de su tiempo, lo gastan conservándose. Si ellas hubiesen tenido la desgracia de nacer inmortales, serían los más miserables de los seres: una vida que no tuvieran jamás miedo de perder no tendría para ellos ningún precio. Es necesario a estas gentes médicos que les amenacen para complacerlas, y que les concedan cada día el único placer de que son susceptibles: el de no estar muertas.

No tengo aquí ningún propósito de extenderme respecto a la vanidad de la medicina. Mi objeto sólo es considerarla por el lado moral. Sin embargo, yo no puedo impedirme observar que los hombres hacen respecto a su uso, los mismos sofismas que respecto a la investigación de la verdad. Suponen siempre ellos que tratando con asiduidad a un enfermo se le cura, y que buscando una verdad se la encuentra. No ven que es preciso contrapesar la ventaja de una curación que el médico logra, por la muerte de cien enfermos que él mata, y la utilidad de una verdad descubierta por el daño que hacen los errores que pasan al mismo tiempo. La ciencia que instruye y la medicina que cura no cabe duda que son buenas; pero la ciencia que equivoca y la medicina que mata son malas. Enseñadnos pues a distinguir las. He aquí el nudo de la cuestión. Si sabemos ignorar la verdad, jamás seremos chasqueados por la mentira; si sabemos no querer curar a pesar de

la naturaleza, no moriremos jamás por la mano de un médico: estas dos abstinencias serían cuerdas; evidentemente ganaríamos con someternos a ellas. Sin embargo, yo no disputo respecto a que la medicina no sea útil a algunos hombres; lo que digo es que es funesta al género humano.

Se me dirá, como sin cesar se hace, que las faltas son del médico, pero que la medicina en sí misma es infalible. Sea en hora buena; pero que ella venga sin médico; pues en tanto que vengan juntos, habrá cien veces más temor de los errores del artista que socorros esperar del arte.

Este arte engañoso, hecho más para los males del espíritu que para los del cuerpo, no es más útil a los unos que a los otros: él nos cura menos de nuestras enfermedades que terror nos causa; él recula menos a la muerte que nos la hace sentir de antemano; él usa la vida en lugar de prolongarla; y, cuando la prolongara, sería todavía en perjuicio de la especie, dado que nos apartaría de la sociedad por los cuidados que nos impone y de nuestros deberes por los temores que nos causa. Es el conocimiento de los peligros lo que nos los hace temer: aquel que se creyera invulnerable no tendría miedo de nada. A fuerza de armar a Aquiles contra el peligro, el poeta le arrebató el mérito del valor; otro cualquiera, en su lugar, hubiese sido un Aquiles al mismo precio.

Si queréis encontrar hombres de un valor verdadero, buscadlos en los lugares en donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades y en donde no se piensa nada en la muerte. Naturalmente, el hombre sabe sufrir constantemente y muere en paz. Son los médicos, con sus recetas; los filósofos, con sus preceptos; los sacerdotes, con sus exhortaciones, los que envilecen el corazón y le hacen olvidar el morir.

Que se me dé un alumno que no tenga necesidad de todas esas gentes, o yo lo rehusó. Yo no quiero que otros estropeen mi obra; quiero educarlo solo, o no intervenir. El sabio Locke, que había pasado una parte de su vida en el estudio de la medicina, recomienda con insistencia el no medicinar nunca a los niños, ni por precaución ni por ligeras molestias. Yo iré más lejos, y declaro que no llamando jamás médicos para mí, no los llamaré nunca para mi Emilio, a menos que su vida esté en un peligro evidente, pues entonces no pueden hacerle nada peor que matarle.

Si bien el médico no soslayará el sacar ventaja de este retraso. Si el niño muere, se le habrá llamado demasiado tarde; si se recobra, será él quien le habrá salvado. Sea: que triunfe el médico; pero que no sea llamado sino en caso extremo.

Falto de saberse curar, que el niño sepa estar enfermo: este arte suple al otro, y con frecuencia logra mucho más; es el arte de la naturaleza. Cuando el animal está enfermo, sufre en silencio y se está quieto, ahora bien, no se ven más animales debilitados que hombres. ¡Cuántas gentes han matado la impaciencia, el temor, la inquietud, y sobre todo los remedios, a las que su enfermedad habría conservado y que hubieran curado con sólo el tiempo! Se me dirá que los animales, viviendo de una manera más conforme a la naturaleza, deben estar sujetos a menos males que nosotros. Pues bien, esta manera de vivir es precisamente la que quiero dar a mi alumno, y de la que debe obtener, por tanto, el mismo provecho.

La única parte útil de la medicina es la higiene, aunque resulte menos ciencia que virtud. La temperancia y el trabajo son las dos verdaderas medicinas del hombre: el trabajo aguza su apetito, y la temperancia le impide abusar de él.

Para saber cuál régimen es el más útil a la vida y a la salud, sólo se precisa saber cuál es el régimen que guardan los pueblos que se comportan mejor, son los más robustos y viven durante más tiempo. Si por las observaciones generales no se comprueba que el uso de la medicina da a los hombres una salud más firme o una vida más larga, por ello se deduce que este arte no es útil; es dañoso, porque utiliza el tiempo, los hombres y las cosas, a fondo perdido. No solamente es preciso deducir el tiempo que se pasa en conservar la vida ya perdida para utilizarlo; mas cuando este tiempo es empleado para atormentarnos, es peor que nulo, es negativo; y para calcular equitativamente es preciso deducir de él todo lo que nos queda. Un hombre que vive diez años sin médico vive más para sí mismo y para los demás que el que vive treinta años como víctima. Una vez hecha la una y la otra prueba, yo me creo con mayor derecho que nadie para obtener la conclusión.

He aquí mis razones para no querer sino un alumno robusto y sano, y mis principios para mantenerlo como tal. No me detendré para demostrar por extenso la utilidad de los trabajos manuales y de los ejercicios corporales para reforzar el temperamento y la salud; esto es una cosa que nadie discute: los ejemplos de vidas más dilatadas se sacan casi todos de hombres que han realizado el ejercicio más intenso, que han soportado la mayor fatiga y trabajo.¹⁰ No me extenderé en profusos detalles respecto a los cuidados que yo

¹⁰ Aquí tenemos un ejemplo tomado de periódicos ingleses que no puedo omitir el insertarlo, dadas las reflexiones que ofrece relativas a mi propósito: "Un particular llamado Patricio Oneil, nacido en 1647, acaba de casarse en 1760 por

tomaría para este solo propósito, se verá que ellos entran tan necesariamente en mi práctica, que es suficiente percibir el espíritu para no tener necesidad de otra explicación.

Con la vida comienzan las necesidades. Al recién nacido le es necesaria una nodriza. Si la madre consiente en cumplir su deber, todo va bien: se le darán las indicaciones por escrito; pues esta ventaja tiene su contrapartida y mantiene al preceptor algo alejado de su alumno. Pero es de creer que el interés del niño y la estimación hacia aquel a quien ella quiere confiar un depósito tan querido harán que la madre esté atenta a los avisos del maestro; y todo lo que ella pretenda hacer es seguro que lo hará mejor que cualquier otra. Si necesitamos una nodriza extraña, comencemos por escogerla bien.

Una de las miserias de las gentes ricas es la de estar equivocados en todo; por eso no debemos extrañarnos si juzgan mal a los hombres. Son las riquezas las que los corrompen; y por una justa inversión, son los primeros en sentir el fracaso del único instrumento que conocen. Todo está mal hecho en ellos, excepto lo que hacen por sí mismos; y casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, se encarga al comadrón el buscarla. ¿Qué deriva de todo esto? Que la mejor es siempre aquella que está mejor pagada. Por tanto, yo no iré a consultar a un comadrón para la de Emilio; tendré cuidado de escogerla por mí mismo. Desde luego que no razonaré sobre esto tan disertamente como un cirujano, pero a buen seguro que obraré de mejor fe, y mi celo me engañará menos que su avaricia.

Esta elección no constituye un gran misterio; las reglas son conocidas, pero yo no sé si se debería prestar un poco más de atención a la edad de la leche tanto como a su calidad. La leche nueva es completamente serosa y debe ser una especie de aperitivo para limpiar el resto del mecomio distribuido en los intestinos del niño que acaba de nacer. Poco a poco, la leche toma consistencia y facilita una nutrición más sólida al niño que ya es más fuerte para digerirla. Es natural que en las hembras de toda especie la naturaleza cambie la consistencia de la leche según la edad del lactante.

Se precisará, pues, una nodriza recién parida para un niño recién nacido. Ya sé que esto es embarazoso; pero tan pronto como se sale del orden natural todo se presenta embarazoso si se quiere actuar con acierto. El único expediente cómodo es hacerlo mal; éste es también el que se escoge.

Es necesaria una nodriza tan sana de corazón como de cuerpo: la intemperie de las pasiones puede, como la de los humores, alterar su leche; aparte de esto, atenerse solamente a lo físico es no ver sino la mitad de la cuestión. La leche puede ser buena y la nodriza mala; un buen carácter es tan esencial como un buen temperamento. Si se toma una mujer viciosa, yo no digo que su lactante contraerá sus vicios, pero sí digo que él los sufrirá. ¿No le debe ella, con su leche, cuidados que demandan el celo, la paciencia, la dulzura, la limpieza? Si ella es glotona, intemperante, alterará muy pronto su leche; si ella es negligente o colérica, ¿qué será del pobre desgraciado que no puede ni defenderse ni quejarse, cuando esté a merced suya? Pues nada bueno puede esperarse de la compañía de los malos.

La elección de la nodriza importa tanto más cuanto que su lactante no debe tener otra ama que ella, como no debe tener otro preceptor que su maestro. Esta costumbre era la de los antiguos, menos razonadores y más prudentes que nosotros. Después de haber lactado a los niños de su sexo, las nodrizas no los abandonaban ya. Esta es la razón de que en las piezas teatrales sean nodrizas la mayor parte de las confidentes. Es imposible que un niño que pasa sucesivamente por tantas manos diferentes esté jamás bien educado. A cada cambio él hace secretas comparaciones que tienden siempre a disminuir su estimación por cuantos le gobiernan, y consecuentemente su autoridad sobre él. Si él llega a pensar una vez que existen personas mayores que no poseen más razón que los niños, toda la autoridad de la edad está perdida y truncada la educación. Un niño no debe conocer más superiores que su padre y su madre, o, en defecto de éstos, su nodriza y su preceptor; incluso es demasiado la preponderancia de uno de los dos; pero esta distribución es inevitable, y todo lo que se puede hacer para remediarlo es que las personas de los dos sexos que le gobiernan estén muy de acuerdo en lo que a él respecta, que los dos no sean sino uno sólo para él.

Es necesario que la nodriza viva algo más cómodamente, que tome alimentos algo más sustanciales, pero que no cambie del todo su modo de vivir; pues un cambio rápido y total, incluso de mal a mejor, es

séptima vez. Sirvió en los dragones el décimoséptimo año del reinado de Carlos II, y en diferentes cuerpos hasta 1740, en que obtuvo su licencia. Hizo todas las campañas del rey Guillermo y del duque de Marlborough. Este hombre nunca bebió sino cerveza natural y se alimentó de vegetales, no comiendo carne sino en algunas comidas que él daba a su familia. Su costumbre fue siempre acostarse y levantarse con el sol, a menos que sus deberes se lo impidieran. En la actualidad se halla en su ciento trece años, oyendo bien, con buena salud y caminando sin bastón. A pesar de su mucha edad, no permanece un solo momento ocioso, y todos los domingos acude a su parroquia, acompañado de sus hijos, nietos y bisnietos.

siempre peligroso para la salud; y dado que su régimen ordinario la ha puesto sana y bien constituida, ¿a qué hacerle cambiar?

Las campesinas comen menos carne y más legumbres que las mujeres de la ciudad; y este régimen vegetal parece más favorable que contrario a ellas y a sus hijos. Cuando ellas tienen lactantes burgueses, se les da cocidos, persuadidos de que el potaje y el caldo de carne les forman mejor quilo y les facilitan más leche. Yo no comparto del todo esta opinión; por mi experiencia sé que los niños alimentados de este modo quedan más sujetos al cólico y a las lombrices que los demás.

Esto no tiene nada de extraño, dado que la sustancia animal en putrefacción hormiguea de lombrices, lo que no sucede igual en la sustancia vegetal. La leche, aunque elaborada en el cuerpo del animal, es una sustancia vegetal;¹¹ su análisis lo demuestra que cambia fácilmente en ácido; y, lejos de dar vestigio alguno de álcali volátil, como hacen las sustancias animales, facilita, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y más saludable que la de las carnívoras. Formada de una sustancia homogénea a la suya, conserva mejor su naturaleza, y queda menos sujeta a la putrefacción. Si nos referimos a la cantidad, todos saben que las harinosas hacen más sangre que la carne; por tanto deben hacer también más leche. Yo no puedo creer que un niño no destetado demasiado pronto, o que fuese destetado con alimentos vegetales, y cuya nodriza sólo viviera también de vegetales, estuviese jamás sujeto a las lombrices.

Acaso los alimentos vegetales den una leche más propensa a agriarse; pero yo estoy muy lejos de considerar a la leche agria como un alimento malsano: pueblos enteros que no tienen otra se encuentran muy bien, y todo este aparato de absorbentes me parece una pura charlatanería. Existen temperamentos a los cuales no conviene la leche, y entonces ningún absorbente se la hace soportable, los otros la soportan sin absorbentes. Se teme a la leche natural o cuajada: esto es una locura, porque es sabido que la leche se cuaja siempre en el estómago. Es así como se convierte en un alimento bastante sólido para alimentar a los niños y a las crías de los animales: si no se cuajase, no haría sino pasar y no les nutriría.¹² Se acostumbra a cortar la leche de mil maneras, usar mil absorbentes, cualquiera que toma leche, digiere queso, esto sin excepción. El estómago está bien dispuesto para cuajar la leche, que es con el estómago de ternera con lo que se hace el cuajo.

Por tanto, opino que en lugar de cambiar la alimentación ordinaria de las nodrizas, basta con darles más abundante y mejor escogida la de su clase. No es por la naturaleza de los alimentos por lo que fermenta la carne, es su condimento el único que los hace malsanos. Reformad las reglas de vuestra cocina, no tengáis ni asados ni fritos; que ni la manteca ni la sal ni los lacticinios pasen por el fuego; que vuestras legumbres cocidas con agua no sean condimentadas sino cuando estén muy calientes sobre la mesa; la carne, lejos de perjudicar la nutrición, facilitará leche en abundancia y de la mejor calidad.¹³ ¿Se podrá afirmar que siendo reconocido el régimen vegetal como el mejor para el niño, sea el régimen animal más conveniente para la nodriza? Existe contradicción en esto.

Es, sobre todo, en los primeros años de la vida cuando el aire actúa sobre la constitución de los niños. En una piel delicada y floja penetra por todos los poros, afecta poderosamente a estos cuerpos nacientes y les deja impresiones que no se borran. Por ello yo no sería de parecer que se sacase a una campesina de su aldea para encerrarla en la ciudad, en una habitación y en este medio hacerle amamantar al niño; apetezco más que él vaya a respirar el buen aire del campo, que ella el aire viciado de la ciudad. Él tomará el estado de su nueva madre, habitará su rústica morada y allí le seguirá su preceptor. El lector se recordará bien de que este preceptor no es un hombre mercenario; es el amigo del padre. Pero cuando no se encuentra este amigo, cuando este transporte no es fácil cuando nada de cuanto aconsejéis es factible, ¿con qué sustituir todo esto?..., se me dirá. Ya os lo he dicho, lo que vosotros hacéis; no es preciso consejo para esto.

Los hombres no están hechos para ser amontonados en hormigueros, sino esparcidos sobre la tierra que ellos deben cultivar. Cuanto más se reúnen, más se corrompen. Las enfermedades del cuerpo, así como

¹¹ Las mujeres comen pan, legumbres, lacticinios; las hembras de los perros y de los gatos las comen también; las mismas lobas pacen, de aquí, los jugos vegetales para su leche. Queda por examinar aquellas especies que no pueden de ningún modo alimentarse sino de carne, caso de que existan, que yo lo dudo.

¹² Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, ellos deben ser extraídos de alimentos sólidos. Un trabajador que sólo viviera de caldo se debilitaría rapidísimamente. Se sostendría mucho mejor con leche, dado que ésta se cuaja.

¹³ Cuantos quieran discutir más por extenso las ventajas y los inconvenientes del régimen pitagórico, podrán consultar los tratados que los doctores Cocchi y Bianchi, adversarios del mismo, han escrito sobre esta importante cuestión.

los vicios del alma, son el efecto infalible de estas concurrencias demasiado numerosas. El hombre es de todos los animales el que puede vivir menos en rebaño. Los hombres apelonados como corderos perecerían todos en muy poco tiempo. El aliento del hombre es mortal para sus semejantes: esto no es menos cierto en el sentido propio que en el figurado.

Las ciudades son el sumidero de la especie humana. Al cabo de algunas generaciones perecen o degeneran las razas; es preciso renovarlas y siempre es el campo quien facilita esta renovación. Enviad pues a vuestros hijos a renovarse ellos mismos, por decirlo así, y a recobrar en medio de los campos el vigor que han perdido en el aire malsano de los lugares demasiado poblados. Las mujeres embarazadas que se hallan en el campo se apresuran a ir a la ciudad para dar a luz: deberían hacer todo lo contrario, sobre todo aquellas que quieren amamantar a sus hijos. Tendrían menos que lamentar de lo que piensan; y en una estancia más natural para la especie, los placeres unidos a los deberes de la naturaleza les quitarían muy pronto el gusto de aquellos que con ella no se relacionan.

Después del parto, lo primero que se hace es lavar al niño con algo de agua tibia en la que se mezcla ordinariamente vino. Esta adición del vino me parece poco necesaria. Como la naturaleza no produce nada fermentado, no es de creer que el empleo de un licor artificial importe a la vida de sus criaturas.

Por idéntica razón, esta precaución de hacer entibiar el agua no es tampoco indispensable; en efecto, múltiples pueblos lavan los niños recién nacidos en los ríos o en el mar, sin más. Pero los nuestros, debilitados antes de nacer por la molicie de los padres y de las madres, aportan al venir al mundo un temperamento ya gastado, al que es necesario no exponer de principio a todas las pruebas que deben restablecerlo. Solamente por grados es como se les puede llevar a su vigor primitivo. Comenzad por tanto por seguir el uso y no os apartéis de él sino poco a poco. Lavad con frecuencia a los niños, su desaseo demuestra la necesidad. Sólo con secarlos, se les araña; pero a medida que ellos se refuercen, disminuíd por grados la tibieza del agua hasta que al fin los podáis lavar con agua fría en verano y en invierno, e incluso helada. Como para no exponerlos importa que esta disminución sea lenta, sucesiva e insensible, se puede emplear el termómetro para medirla exactamente.

Este hábito del baño no debe ser interrumpido una vez establecido, e importa conservarlo toda la vida. Yo lo considero no solamente en el aspecto de la limpieza y de la salud actuales sino también como una precaución saludable para hacer más flexible la textura de las fibras, y hacerlas ceder sin esfuerzo y sin riesgo a los diversos grados de calor y de frío. Por este motivo yo quisiera que al crecer se acostumbra poco a poco a bañarse algunas veces en aguas calientes en todos los grados soportables, y a menudo en aguas frías en todos los grados posibles.

De esta manera, después de haberse habituado a soportar las diversas temperaturas del agua, que, siendo un fluido más denso, nos afecta de modo creciente en varios aspectos, se llegaría a ser casi insensible a las temperaturas del aire.

En el momento en que saliendo de sus envolturas respira el niño, no os apuréis dándole otras que le mantengan más oprimido. Nada de gorros, de fajas, de mantillas; telas flotantes y amplias que dejen todos sus miembros en libertad, y que no sean ni bastante gruesas para impedir sus movimientos, ni bastante cálidas para impedir que él sienta las impresiones del aire.¹⁴ Colocadle en una cuna amplia, bien rellena, en la que se pueda mover a su placer y sin peligro.¹⁵ Cuando comience a fortalecerse, dejadle gatear por la habitación, dejadle desarrollar, extender sus pequeños miembros y le veréis fortalecerse día a día. Comparadle con un niño de la misma edad envuelto en pañales, os asombraréis de la diferencia de sus progresos.¹⁶

¹⁴ Se sofoca a los niños en las ciudades, a fuerza de tenerlos encerrados y vestidos. Cuando los manejan olvidan que el aire frío, lejos de causarles mal, los refuerza, y que el aire cálido los debilita, les ocasiona fiebre y los mata.

¹⁵ Yo digo cuna para emplear una palabra corriente, a falta de otra; pues, por otra parte, estoy persuadido de que nunca es necesario acunar a los niños, y de que esta costumbre les es perniciosa con frecuencia.

¹⁶ "Los antiguos peruanos dejaban los brazos libres a los niños en una mantilla muy amplia; cuando los sacaban de ella, les ponían en libertad en un hoyo hecho en la tierra y forrado de telas, en el cual los metían hasta la mitad del cuerpo; de esta manera tenían los brazos libres y podían mover su cabeza y doblar su cuerpo a su gusto, sin caerse y sin herirse. Desde que podían dar un paso, se les presentaba el pecho un poco lejos, como un cebo para obligarlos a andar. Los negritos se encuentran en ocasiones en una situación mucho más fatigosa para mamar: ellos abarcan una de las caderas de la madre con sus rodillas y sus pies, y se estrechan tan bien que pueden sostenerse sin la ayuda de los brazos de la madre. Se agarran al pecho con sus manos y succionan constantemente sin hacerse daño y sin caer, pese a los diversos movimientos de la madre, que durante este tiempo realiza su trabajo ordinario. Estos niños comienzan a andar desde el segundo mes, o, mejor dicho, a arrastrarse sobre las rodillas y sobre las manos. Este ejercicio les da, como consecuencia, facilidad para correr, en esta situación, casi tan aprisa como si lo hicieran sobre sus pies." (*Historia*

Hay que esperar grandes oposiciones de parte de las nodrizas, para quienes el niño bien agarrado les causa menos preocupación que aquel a quien es preciso vigilar incesantemente. Además, su suciedad es más sensible con ropaje abierto; es preciso limpiarlos más a menudo. En fin, la costumbre es un argumento que no podrá refutarse jamás en ciertos países con un sentido universal.

No razonéis con las nodrizas; ordenad, procurad hacer y no escatiméis nada para hacerles fáciles en la práctica los cuidados que habréis prescrito. ¿Por qué no compartís éstos? En las alimentaciones ordinarias, en las que sólo se atiende a lo físico, dado que el niño vive y que no se debilita nada, el resto no importa; pero aquí, donde la educación comienza con la vida y en naciendo el niño es ya discípulo, no de un preceptor sino de la naturaleza, sí. El preceptor no hace sino estudiar bajo este primer maestro e impedir que no sean contrariados sus cuidados. Él vela a la criatura, la observa, la sigue, espía con vigilancia el primer resplandor de su débil entendimiento, como, al aproximarse el cuarto creciente, espían los musulmanes el instante de aparecer la luna.

Nacemos capaces de aprender, pero no sabiendo nada, no conociendo nada. El alma, encadenada en órganos imperfectos y semiformados, no tiene ni el sentimiento de su propia existencia. Los movimientos, los gritos del niño que acaba de nacer, son efectos puramente mecánicos, desprovistos de conocimiento y de voluntad.

Supongamos que un niño tuviese a su nacimiento la estatura y la fuerza de un hombre adulto; que él saliese, por decirlo así, armado por completo del seno de su madre, como Palas salió del cerebro de Júpiter, este hombre-niño sería un perfecto imbécil, un autómatas, una estatua inmóvil y casi insensible: no vería nada ni oiría nada, no conocería a nadie y no sabría volver los ojos hacia aquello que tuviese necesidad de ver, no solamente no percibiría ningún objeto fuera de él, sino que incluso no relacionaría nada en el órgano del sentido que le hiciera percibirlo; los colores no estarían en sus ojos, los sonidos no estarían en sus oídos, los cuerpos que él tocase no estarían sobre el suyo, e incluso no sabría que él poseía uno; el contacto de sus manos estaría en su cerebro; todas sus sensaciones se reunirían en un solo punto; no existiría nada más que en el común sensorio; no poseería sino una sola idea, a saber, la del yo, a la que relacionaría todas sus sensaciones; y esta idea, o, mejor, este sentimiento, sería la única cosa que él tendría más que un niño ordinario.

Este hombre, formado de golpe, no sabría ni levantarse sobre sus pies; necesitaría mucho tiempo para aprender a sostenerse en equilibrio; acaso él mismo haría el ensayo, y veríais a este gran cuerpo fuerte y robusto, permanecer en el sitio como una piedra, o arrastrarse como un perrito.

El sentiría los inconvenientes de las necesidades sin conocerlos, y sin imaginar ningún medio de evitarlos. Él no dispondría de ninguna comunicación inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas, que, incluso rodeado de alimentos le hiciesen dar un paso para aproximar o extender la mano para cogerlos; y, como su cuerpo habría adquirido su crecimiento, estarían desarrollados por completo sus miembros, y como consecuencia no experimentaría ni las inquietudes ni los movimientos continuos de los niños, podría morir de hambre antes de moverse para buscar su subsistencia. Por poco que se haya reflexionado sobre el orden y el progreso de nuestros conocimientos, no se puede negar que tal fue, o casi, el estado primitivo de ignorancia y de estupidez natural del hombre antes que él hubiese aprendido algo de la experiencia o de sus semejantes.

Se conoce pues o se le puede conocer, el primer punto de donde partimos cada uno de nosotros para llegar al grado común de entendimiento; pero, ¿quién es el que conoce el otro extremo?

Cada uno avanza más o menos según su genio, su gusto, sus necesidades, sus talentos, su celo, y las ocasiones en las que él ha de actuar. Yo no sé de ningún filósofo que haya sido todavía bastante atrevido para decir: He aquí el término hasta donde puede llegar el hombre y del que no acertaría a pasar. Ignoramos lo que nuestra naturaleza nos permite ser; ninguno de nosotros ha medido la distancia que puede encontrarse entre un hombre y otro hombre. Qué alma inferior será a la que esta idea no haya enardecido nunca y que no se haya dicho en su orgullo: ¡Cuánto he conseguido ya! ¡Cuánto puedo alcanzar todavía! ¿Por qué mi igual irá más lejos que yo?

Yo lo repito, la educación del hombre comienza en su nacimiento, antes de hablar, antes de oír, él se instruye ya. La experiencia previene las lecciones; en el momento en que él conoce a su nodriza, ha conseguido ya mucho. Nos quedaríamos sorprendidos de los conocimientos del hombre más vulgar, si se siguiesen sus progresos desde el momento en que él nació, hasta aquel en que lo vemos. Si se dividiese toda

Natural, tomo IV, folio 12, pág. 192.) A estos ejemplos, Buffon hubiera podido agregar el de Inglaterra, en donde la extravagante y bárbara práctica de la mantilla se abole de día en día. Ved también La Loubere, *Voyage de Siam*; Le Beau, *Voyage de Canada*, etc. Yo llenaría veinte páginas de citas, si fuese necesario confirmar esto mediante hechos.

la ciencia humana en dos partes, la una común a todos los hombres, la otra particular a los sabios, ésta sería muy pequeña en comparación con la otra. Pero nosotros no pensamos nada en las adquisiciones generales, porque ellas se realizan sin que se piense e incluso antes de la edad de la razón; que además el saber sólo se hace notar por sus diferencias, y que, como las ecuaciones de álgebra, las cantidades comunes se cuentan como nada.

Los mismos animales adquieren mucho. Ellos poseen sentidos, necesitan aprender a usarlos; tienen necesidades, se impone que aprendan a satisfacerlas; es necesario que aprendan a comer, a andar, a volar. Los cuadrúpedos que se tienen sobre sus patas desde su nacimiento no por esto saben marchar; se ve en sus primeros pasos que éstos son ensayos imprecisos. Los canarios escapados de sus jaulas no saben volar, porque jamás han volado. Todo es instrucción para los seres animados y sensibles. Si las plantas tuviesen un movimiento progresivo, sería necesario que poseyesen sentidos y que adquiriesen conocimientos; de otra forma las especies perecerían muy pronto.

Las primeras sensaciones de los niños son puramente afectivas, ellos no perciben sino el placer y el dolor. No pudiendo ni andar ni coger, tienen necesidad de mucho tiempo para formarse poco a poco las sensaciones representativas que les muestran los objetos fuera de ellos mismos; pero, en la espera de que estos objetos se extiendan, alejándose por decirlo así de nuestros ojos, y tomen para ellos dimensiones y formas, el retorno de las sensaciones afectivas comienza a someterlos al imperio del hábito, se ve a sus ojos tornarse sin cesar hacia la luz, y, si ella les llega de lado, tomar insensiblemente esta dirección; de suerte que se debe tener cuidado de enfrentarlos a la luz del sol, por temor a que queden bizcos o se acostumbren a mirar de soslayo. Es preciso también que se habitúen muy pronto a las tinieblas; de otro modo lloran y gritan en el momento en que se encuentran en la oscuridad. La alimentación y el sueño, medidos demasiado exactamente, les son necesarios al cabo de los mismos intervalos; y muy pronto el deseo ya no viene de la necesidad, sino del hábito, o más bien el hábito añade una nueva necesidad a la de la naturaleza: he aquí lo que es necesario prevenir.

El único hábito que se debe permitir adquirir al niño es el de no contraer ninguno, que no se le lleve más sobre un brazo que sobre el otro; que no se le acostumbre a presentar una mano con más frecuencia que la otra, a servirse de ellas más a menudo, a querer comer, dormir, obrar a las mismas horas, a no poderse quedar solo ni de noche ni de día. Preparad en amplitud el reino de su libertad y el empleo de sus fuerzas, dejando a su cuerpo el hábito natural, situándolo en estado de ser siempre dueño de sí mismo y de hacer en toda cosa su voluntad, tan pronto como él tenga una.

Desde que el niño comienza a distinguir los objetos, importa que ponga su elección en cuantos se le presentan. Naturalmente todos los nuevos objetos interesan al hombre. Éste se siente tan débil que tiene temor a cuanto no conoce; el hábito de ver los objetos nuevos sin ser afectado destruye este temor. Los niños educados en casas limpias, donde no se conocen las arañas, tienen miedo de éstas, y ese miedo persiste en ellos con frecuencia cuando son mayores. Yo no he visto nunca campesinos, ni hombre ni mujer, ni niño, tener miedo de las arañas.

¿Por qué pues la educación de un niño no comienza antes que él hable y que él oiga, ya que la sola elección de los objetos que se le presentan es capaz de hacerle tímido o valeroso? Yo quiero que se le habitúe a ver objetos nuevos, animales feos, repugnantes, raros, pero poco a poco, desde lejos, hasta que él esté acostumbrado, y que a fuerza de verlos manejar por otros los maneje al fin por sí mismo. Si durante su infancia ha visto sin terror sapos, serpientes, cangrejos, verá sin horror cuando sea mayor, cualquier animal de la clase que sea. No existen objetos horriblos para quien los ve todos los días.

Todos los niños se asustan de las máscaras. Yo comienzo por enseñar a Emilio una máscara de aspecto agradable; en seguida uno cualquiera se coloca ante él esta máscara sobre el rostro: yo me pongo a reír, todo el mundo ríe, y el niño ríe como los demás. Poco a poco yo lo acostumbro a máscaras menos agradables y finalmente a figuras horriblas. Si yo he calculado bien mi gradación, lejos de asustarse con la última máscara, se reirá como con la primera. Después de esto ya no temo que él se espante de las máscaras.

Cuando, en la despedida de Andrómaca y de Héctor, el pequeño Astyanax, espantado del penacho que flota sobre el casco de su padre, le desconoce, se lanza gritando sobre el pecho de su nodriza, y arranca a su madre una sonrisa mezclada de lágrimas ¿Qué es necesario hacer para evitar este temor? Precisamente lo que hace Héctor: poner el casco en el suelo y luego acariciar al niño. En un momento más tranquilo, ya no permanecerá allí; se acercará al casco, jugará con las plumas, se las hará manejar al niño; en fin la nodriza tomará el casco y lo colocará riendo sobre su propia cabeza, en el caso de que la mano de una mujer osara tocar las armas de Héctor.

Si se trata de acostumbrar a Emilio al ruido de un arma de fuego, yo quemo primero cebo en una pistola. Esta llama brusca y pasajera, esta especie de relámpago le regocija; repito la misma operación con

más pólvora; poco a poco coloco en la pistola una carga sin taco, luego una mayor; en fin, le acostumbro a los disparos de fusil, a las cajas, a los cañones, a las detonaciones más terribles.

Yo he observado que los niños raramente sienten miedo del trueno, a menos que los estruendos sean horrorosos e hieran realmente el órgano del oído; de otro modo, este pánico no se apodera de ellos sino cuando ellos saben que el trueno hiere o mata algunas veces. Cuando la razón comienza a espantarles, haced que el hábito les tranquilice. Con una gradación lenta y determinada se logra hacer al hombre y al niño intrépidos ante todo.

En el comienzo de la vida, cuando la memoria y la imaginación están todavía inactivas, el niño no se muestra atento sino a aquello que afecta actualmente a sus sentidos; siendo las sensaciones los primeros materiales de sus conocimientos, ofrecérselas en un orden conveniente es preparar su memoria para facilitarlas un día, en el mismo orden, a su entendimiento

Pero como él no está atento sino a sus sensaciones, es suficiente, en primer lugar, el presentarle muy distintamente la ligazón entre estas mismas sensaciones y los objetos que las motivan. Él quiere tocarlo todo, manejarlo todo: no os opongáis a esta inquietud; ella le suscita un aprendizaje muy necesario. De este modo es como él aprende a sentir el calor, el frío, la dureza, la debilidad, la pesantez, la ligereza de los cuerpos, a considerar su grandeza, su figura, y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando,¹⁷ escuchando, sobre todo comparando la vista al tacto, estimando en el ojo la sensación que ellos causarían bajo sus dedos.

Sólo por el movimiento aprendemos que existen cosas que no están en nosotros; y no es sino por nuestro propio movimiento como adquirimos la idea de la extensión. Es a causa de que el niño carece de esta idea por lo que él tiende indiferentemente la mano para asir el objeto que está a su alcance, o el objeto que se encuentra a cien pasos de él. Este esfuerzo que él hace os parece un signo de imperio, una orden que él da al objeto para que se aproxime, o a vosotros para que se lo llevéis; nada de esto; es solamente que los mismos objetos que él veía primero en su cerebro, luego ante sus ojos, los ve ahora al extremo de sus brazos y no imagina la extensión hasta la que él puede alcanzar. Tened pues cuidado de pasearle con frecuencia, de llevarle de un lugar a otro, de hacerle sentir el cambio de lugar, a fin de que aprenda a considerar las distancias. Cuando comience a conocerlas, entonces es necesario cambiar de método, y llevarle como os parezca y no como a él le plazca, pues tan pronto como él no sigue ya engañado por los sentidos, su esfuerzo cambia de causa: este cambio es notable y demanda explicación.

El malestar de las necesidades se expresa mediante signos cuando es necesaria la ayuda de otros para evitarlo: de aquí los gritos de los niños. Ellos lloran mucho; eso debe ser. Dado que todas sus sensaciones son afectivas, cuando ellas son agradables, ellos se alegran en silencio, cuando son penosas, lo dicen con su lenguaje y solicitan el alivio. Ahora bien, en tanto que están despiertos, no pueden permanecer en un estado de indiferencia; duermen o están molestos.

Todas nuestras lenguas son obras de arte. Se ha buscado durante mucho tiempo ver si existía una lengua natural y común a todos los hombres; no hay duda de que existe una y es la que los niños hablan antes de saber hablar. Esta lengua no es articulada sino que es acentuada, sonora, inteligible. El uso de las nuestras nos la ha hecho menospreciar hasta el punto de olvidarla completamente. Estudiemos a los niños y muy pronto la volveremos a aprender en su compañía. Las nodrizas son nuestras profesoras en esta lengua; ellas entienden todo lo que dicen sus lactantes; les responden y sostienen con ellos diálogos muy continuados; y cualquier palabra que ellas pronuncien son perfectamente inútiles; no es el sentido de la palabra lo que ellos entienden, sino el acento con que va ésta acompañada.

Al lenguaje de la voz se junta el del gesto, no menos enérgico. Este gesto no está en las débiles manos de los niños, está sobre sus rostros. Es asombroso cómo estas fisonomías mal formadas presentan ya expresión; sus rasgos cambian de un momento a otro con una inconcebible rapidez: veis la sonrisa el deseo, el miedo, nacer y pasar como relámpagos; a cada vez creéis ver un rostro distinto. Ciertamente ellos tienen los músculos faciales más movibles que nosotros. En contraste, sus tiernos ojos no dicen casi nada. Tal debe ser el género de sus signos en una edad en que no existen más que necesidades corporales; la expresión de las sensaciones está en las muecas, la expresión de los sentimientos está en las miradas.

Como el primer estado del hombre es la miseria y la debilidad, sus primeras voces son el llanto y las lágrimas. El niño siente sus necesidades, y como no las puede satisfacer, implora el socorro de los demás por medio de gritos; si él tiene hambre o sed, llora; si tiene demasiado frío o demasiado calor, llora; si tiene

¹⁷ El olfato es, de todos los sentidos, aquel que se desarrolla más tarde en los niños: hasta la edad de dos o tres años no parece que sean sensibles ni a los buenos ni a los malos olores; ellos tienen a este respecto indiferencia, o, más bien, la insensibilidad que se observa en varios animales.

necesidad de movimiento y se le tiene en reposo, llora; si quiere dormir y que se le acune, llora. Cuanto menos está atendida su manera de ser, con más insistencia solicita que se la cambie. Él no tiene más que un lenguaje, porque no tiene, por decirlo así, nada más que una clase de malestar; en la imperfección de sus órganos, no distingue sus diversas impresiones; todos los males no constituyen para él nada más que una sensación de dolor.

De estas lágrimas, que se estimarían como poco dignas de atención, nace la primera relación del hombre con todo cuanto le rodea aquí se forja el primer anillo de esta larga cadena con la que el orden social está formado.

Cuando el niño llora, él está mal a gusto, y siente alguna necesidad que no es capaz de satisfacer: se investiga, se busca, se descubre esta necesidad y se satisface. Cuando no se la encuentra o cuando no se puede satisfacer, continúan las lágrimas y la inquietud; se acaricia al niño para hacerle callar, se le acuna, se le canta para hacerle dormir; si él se muestra obstinado, nos impacientamos, se le amenaza; las nodrizas brutales les pegan en ocasiones. He aquí las extrañas lecciones de su entrada en la vida.

Jamás olvidaré haber visto a uno de estos incómodos llorones golpeado de ese modo por su ama. Él se calló en seguida; lo creí intimidado y me dije: éste será un alma servil del que solamente se obtendrá alguna cosa mediante el rigor. Yo me equivoqué: el desdichado, sofocado por la cólera, había perdido la respiración; yo le vi ponerse morado. Un momento después vinieron los gritos agudos; todos los signos del resentimiento, del furor, de la desesperación en esta edad estaban en sus acentos. Temí que expirase en esta agitación. Aun cuando yo hubiera dudado de que el sentimiento de lo justo y de lo injusto fuesen innatos en el corazón del hombre, este solo ejemplo me hubiera convencido. Estoy seguro de que un tizón ardiente caído al azar sobre la mano de este niño le hubiera hecho menos sensible que este golpe asaz ligero, pero dado con la intención manifiesta de ofenderle. Esta disposición de los niños al arrebató, al despecho, a la cólera, solicita excesivos cuidados. Boerhaave opina que sus enfermedades son la mayoría de las veces de la clase de las convulsivas, porque siendo la cabeza proporcionalmente mayor y el sistema nervioso más extenso que en los adultos, el conjunto nervioso es más susceptible de irritación. Alejad de ellos con el mayor cuidado a los criados que les molestan, les irritan, les impacientan: éstos son cien veces más peligrosos, más funestos que los efectos del aire y de las estaciones. En tanto que los niños no encuentren resistencia sino en las cosas y nunca en las voluntades, no se mostrarán ni rebeldes ni coléricos, y se conservarán más saludables. Ésta es una de las razones del porqué los niños del pueblo, más libres, más independientes, están generalmente menos enfermos, menos delicados, más robustos que aquellos a los que se pretende educar mejor contrariándoles sin cesar; pero es necesario pensar siempre que hay mucha diferencia entre hacerles obedecer y no contrariarlos.

Las primeras lágrimas de los niños son ruegos: si no respondemos de inmediato, se convierten al momento en órdenes. Comienzan por hacerse asistir, y acaban por hacerse servir. De este modo, de su propia debilidad, nace a continuación la idea del imperio y del dominio; pero esta idea menos excitada por sus necesidades que por nuestros servicios, sirve para que comiencen a percibirse los efectos morales cuya causa inmediata no está en la naturaleza; y se comprueba ya el porqué de que, desde esta primera edad, importe discernir la intención secreta que dictan el gesto o el grito.

Cuando el niño tiende la mano con esfuerzo y en silencio, cree alcanzar el objeto porque no calcula la distancia; él comete un error; pero cuando se queja y grita al tender la mano, entonces no abusa de la distancia, manda que se aproxime el objeto o que vosotros se lo llevéis. En el primer caso, llevadle el objeto lentamente y con pausas; en el segundo, no aparentéis oírle: cuanto más grite, menos debéis escucharlo. Importa acostumbrarle desde el principio a no mandar ni a los hombres, pues él no es dueño de ellos, ni a las cosas, pues éstas no le escuchan. Procediendo así, cuando un niño desee alguna cosa que él ve y que se le quiere dar, vale más llevar al niño al objeto, que llevar el objeto al niño: él obtiene de esta práctica una conclusión que corresponde a su edad y que no hay otro medio de sugerírsela.

El abate de Saint-Pierre llamaba a los hombres niños grandes; recíprocamente se podría llamar a los niños hombres pequeños. Estas proposiciones poseen su verdad como sentencias; como principios, necesitan aclaramiento. Pero cuando Hobbes llamaba malo a un niño robusto expresaba una cosa absolutamente contradictoria. Toda maldad procede de debilidad, el niño únicamente es malo porque es débil; hacedle fuerte, y será bueno: aquel que lo pudiera todo no haría mal jamás. De todos los atributos de la divinidad todopoderosa, la bondad es aquel sin el cual se le puede concebir menos. Todos los pueblos que han reconocido dos principios han considerado siempre al malo como inferior al bueno; sin esto hubieran hecho una suposición absurda. Ved después la profesión de fe del vicario saboyano.

La razón por sí nos enseña a conocer el bien y el mal. La conciencia que nos hace amar al uno y odiar al otro, aunque independiente de la razón, sin embargo, no puede desarrollarse sin ella. Antes de la

edad de la razón, hacemos el bien y el mal sin conocerlos; y no hay moralidad en nuestras acciones, aunque algunas veces la haya en el sentimiento de las acciones de los demás que se relacionan con nosotros. Un niño quiere trastornar todo cuanto ve: él rompe, rasga todo cuanto puede alcanzar; empuña un pájaro como si empuñara una piedra y le ahoga sin saber lo que hace.

¿Por qué sucede esto? Es primero la filosofía la que va a facilitar la razón mediante vicios naturales: el orgullo, el espíritu de dominio, el amor propio, la maldad del hombre; el sentimiento de su debilidad, se puede añadir, hace al niño ávido de realizar actos de fuerza y de demostrarse a sí mismo su propio poder. Pero ved a ese anciano enfermo y cascado, trasladado por el ciclo de la vida humana a la debilidad de la infancia: no solamente permanece inmóvil y tranquilo, sino que quiere aun que todo permanezca en torno suyo: el menor cambio le turba y le inquieta, y quisiera ver reinar una calma universal. ¿Cómo la misma impotencia, junto a las mismas pasiones, produce efectos tan contrarios en las dos edades, si la causa primitiva permanece? ¿Y dónde se puede buscar esta diversidad de causas, si no es en el estado físico de los dos individuos? El principio activo, común a ambos, se desarrolla en uno y se extingue en el otro; el uno se forma y el otro se destruye; el uno tiende a la vida y el otro a la muerte. La actividad declinante se concentra en el corazón del anciano; en el del niño se muestra superabundante y se extiende al exterior; se siente, por decirlo así, bastante vida para animar a todo cuanto le rodea. Que él haga o que él deshaga, no importa; basta con que cambie el estado de las cosas, y todo cambio es una acción. Cuando él parece tener más inclinación a destruir, no es por maldad, es que la acción que forma es siempre lenta, y como la que destruye es más rápida, se adapta mejor a su vivacidad.

Al mismo tiempo que el autor de la naturaleza otorga a los niños este principio activo, toma precaución para que sea poco dañoso, al dejar poca fuerza para entregarse a él. Pero tan pronto como pueden considerar a las gentes que les rodean como instrumentos de los que depende su actuación, se sirven de ellos para seguir su inclinación y suplir a su propia debilidad. De este modo es como ellos se convierten en molestos, tiranos, imperiosos, malos, indomables. Progreso que no procede de un espíritu natural de dominio, sino que se les impone; pues no es preciso una gran experiencia para comprobar cuán agradable es actuar mediante las manos de otros y no tener necesidad sino de remover la lengua para hacer que el universo se mueva.

Con el crecimiento, se adquieren fuerzas, se es menos inquieto, menos revoltoso, encerrándose más en sí mismo. El alma y el cuerpo se ponen, por decirlo así, en equilibrio y la naturaleza no nos solicita nada más que el movimiento necesario para nuestra conservación. Mas el deseo de mandar no se extingue con la necesidad que lo ha hecho nacer; el imperio despierta y halaga el amor propio, y el hábito lo fortifica: de este modo sucede la fantasía a la necesidad y colocan sus primeras raíces los prejuicios de la opinión.

Una vez conocido el principio vemos claramente el punto en donde se abandona la ruta de la naturaleza: veamos lo que se precisa hacer para mantenerse.

Lejos de tener fuerzas superfluas, los niños no tienen siquiera las suficientes para todo cuanto les exige la naturaleza; es preciso, pues, dejarles el uso de todas cuantas ella les ha dado y de las cuales no han aprendido a abusar. Primera máxima.

Es necesario ayudarles y suplir aquello que les falta, sea en inteligencia, sea en fuerza, en todo cuanto es de necesidad física. Segunda máxima.

Es necesario, en el socorro que se les concede, limitarse únicamente a la utilidad real, sin conceder nada a la fantasía o al deseo irrazonable; pues la fantasía no les atormentará cuando no los haya creado, dado que aquélla no es de la naturaleza. Tercera máxima.

Es necesario estudiar con cuidado su lenguaje y sus signos, a fin de que, en una edad en la que ellos no saben disimular se distinga en sus deseos lo que deriva inmediatamente de la naturaleza y lo que procede de la opinión. Cuarta máxima.

El espíritu de estas reglas es conceder a los niños más libertad verdadera y menos imperio, dejarles hacer más por sí mismos y exigir menos de los demás. De este modo se acostumbrarán desde el principio a limitar sus deseos a sus fuerzas, y sentirán poco la privación de cuanto no esté en su poder.

He aquí, por tanto, una razón nueva y muy importante para dejar los cuerpos y los miembros de los niños completamente libres con la única precaución de alejarles del peligro de las caídas, y de apartar de sus manos todo cuanto pueda herirlos.

Infaliblemente, un niño cuyo cuerpo y brazos queden libres llorará menos que un niño embandado en sus mantillas. Todo aquel que no conoce nada más que las necesidades físicas llora cuando las sufre, lo que es una ventaja muy grande; pues entonces se sabe cuando existe una necesidad de socorro, la que no se debe tardar un momento en otorgarse, si es posible. Pero si no podéis aliviarla, permaneced tranquilos, sin mirar para sosegarle, vuestras caricias no aplacarán su cólera. No obstante, él se recordará de cuanto es

necesario hacer para ser mimado, y si una vez él consigue que os ocupéis de él a su capricho, se convierte en vuestro señor y todo está perdido.

Menos contrariados en sus movimientos, llorarán menos los niños; menos importunados en sus llantos, se les atormentará menos para hacerles callar; amenazados o mimados con menos frecuencia, serán menos tímidos o menos obstinados, y permanecerán mejor en su estado natural. Se evitan caídas a los niños, dejándoles llorar mejor que apresurándose a consolarlos; y mi experiencia es que los niños más abandonados están menos sujetos que los demás. No obstante esto, yo estoy muy lejos de pretender que se les abandone; por el contrario importa que se les atienda y que no se les deje anunciar sus necesidades por medio de sus gritos. Pero yo no quiero que los cuidados que con ellos se tengan queden mal entendidos. ¿Por qué precisan ellos llorar desde que comprueban que sus lágrimas son buenas para tantas cosas? Capacitados del precio que se pone a su silencio, ellos se guardan mucho de prodigarlo. Y al fin lo hacen valer de tal modo que no se les puede seguir pagando; y es entonces a fuerza de llorar sin éxito, cuando se esfuerzan se agotan y se matan.

Los llantos prolongados de un niño que no está ni atado ni enfermo, y al que no se deja carecer de nada, no son sino lágrimas de hábito y de obstinación. No son la obra de la naturaleza, sino de la nodriza, la que, por no saber dominar la importunidad, la multiplica, sin pensar que haciendo callar al niño hoy se le excita a llorar mañana mucho más. El único medio de curar o de prevenir este hábito es no prestarle ninguna atención. Nadie apetece tomarse un trabajo inútil, ni siquiera los niños. Éstos son obstinados en sus tentativas; pero si tenéis más constancia que ellos obstinación, se desaniman y no insisten.

Obrando de este modo se les ahorra las lágrimas y se les acostumbra a no verterlas sino cuando el dolor les fuerce a ello.

Además, cuando ellos lloran por capricho o por obstinación, el medio seguro para impedirles la continuidad es distrayéndoles mediante algún objeto agradable y atractivo que les haga olvidar que ellos querían llorar. La mayor parte de las nodrizas son prácticas en este arte, que bien llevado es muy útil; pero es de la mayor importancia que el niño no se dé cuenta de la intención de distraerle, y el que se le entretenga sin creer que se piensa en él; ahora bien, respecto a este extremo, todas las nodrizas acusan su torpeza.

Se desteta demasiado pronto a todos los niños. El tiempo en que se les debe destetar está indicado por la aparición de los dientes, y esta erupción es comúnmente penosa y dolorosa. Por un instinto maquinal, el niño se lleva entonces frecuentemente a su boca para morderlo todo lo que encuentra. Se cree que se facilita la operación dándole como chupete cualquier cuerpo duro, como el marfil o diente de lobo. Yo creo que se equivocan. Estos cuerpos duros, aplicados sobre las encías, lejos de ablandarlas las hacen callosas, las endurecen, preparan un desgarramiento más penoso y más doloroso. Tomemos siempre el instinto como ejemplo. Nunca se ve a los perros jóvenes ejercitar sus dientes nacientes sobre guijarros, sobre hierro, sobre huesos, sino sobre madera, cuero, trapos, materias blandas que ceden y en donde se clava su diente.

Ya no sabemos ser sencillos en nada, ni siquiera en lo que se refiere a los niños. Cascabeles de plata, de oro, coral, cristales de caras pequeñas, chupetes de todo precio y de toda clase, ¡cuántos aparatos inútiles y perniciosos! Nada de todo esto. Nada de cascabeles, nada de chupetes; ramitas de árbol con sus frutos y sus hojas, una cabeza de adormidera en la que se oiga sonar los granos, un trozo de regaliz que pueda chupar y masticar le entretendrán tanto como esas magníficas baratijas, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde su nacimiento.

Se ha reconocido que la papilla no es un alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda forman mucho engrudo, que no sienta bien a nuestro estómago. En la papilla, la harina está menos cocida que el pan, y además no ha fermentado: me parecen preferibles la panatela y la crema de arroz. Si se quiere desde luego hacer la papilla, conviene tostar un poco la harina. En mi país, se hace de la harina así tostada una sopa muy agradable y muy sana. El caldo de carne y el potaje son también alimento mediocre, del que conviene usar lo menos posible. Importa que los niños se acostumbren a masticar desde el principio, ya que éste es el medio más seguro de facilitarles la salida de los dientes; y cuando comienzan a engullir, los jugos salivares mezclados con los alimentos facilitan la digestión.

Entonces yo les haría masticar frutos secos, cortezas. Les daría como juguete palitos de pan duro o de galleta parecidos al pan del Piamonte, conocido en el país por *grisses*. A fuerza de reblandecer este pan en su boca, ellos tragan al fin algo de él: habrían salido sus dientes y ellos se encontrarían destetados casi antes mismo de que se notase. Los campesinos tienen de ordinario el estómago muy sano, y no se les desteta de manera distinta.

Los niños oyen hablar desde su nacimiento; se les habla no solamente antes que ellos comprendan cuanto se les dice, sino antes que puedan traducir las voces que escuchan. Su órgano aún entorpecido no se presta sino poco a poco a las imitaciones de los sonidos que se les dicta; y ni siquiera tenemos la seguridad

de que estos sonidos actúen en principio en su oído tan distintamente como en el nuestro. Yo no desapruero el que la nodriza entretenga al niño por medio de canciones y de acentos muy alegres y muy variados; pero desapruero el que ella lo aturda incesantemente con una infinidad de palabras inútiles de las que solamente comprende el tono que ella emplea. Yo quisiera que las primeras articulaciones que se les hiciera oír fuesen raras, fáciles, distintas, con frecuencia repetidas y que las palabras que ellas expresan se relacionaran únicamente a los objetos sensibles que ya se han podido mostrar al niño. La desdichada facilidad que tenemos de pagarnos de palabras que no entendemos comienza más pronto que se piensa. El escolar escucha en clase la verborrea de su regente, como escuchaba de mantillas la cháchara de su nodriza. Me parece que sería mucho más útil instruirle, que educarle no comprendiendo nada.

Las reflexiones nacen en montón cuando queremos ocuparnos de la formación del lenguaje y de los primeros períodos de los niños. Como quiera que se obre, ellos aprenderán siempre a hablar de la misma manera siendo en este punto de la máxima inutilidad todas las especulaciones filosóficas.

En principio ellos tienen, por decirlo así, una gramática de su edad, cuya sintaxis posee reglas más generales que la nuestra; y si se prestase mucha atención nos asombraríamos de la exactitud con que ellos siguen ciertas analogías, muy viciosas si se quiere, pero muy regulares, que sólo son chocantes por su dureza o porque el uso no las admite. Acabo de oír a un pobre niño al que su padre le regañó por haberle dicho: *Mon pere, irai-je-t-y?* Ahora bien, se ve que este niño seguía mejor la analogía que nuestros gramáticos, dado que se le decía *Va-s-y*, ¿por qué no podría decir *irai-je-t-y*? Observad además con qué destreza evitaba el hiato de *irai-je-t-y* o *y-irai-je*. ¿Es una falta del pobre niño el que nosotros erróneamente hayamos quitado de la frase este adverbio determinante y porque no sabíamos qué hacer con él? Es una insoportable pedantería y un cuidado de los más superfluos el darse a corregir en los niños todas estas pequeñas faltas contra el uso, las cuales no dejan de corregirse por ellos mismos con el tiempo. Hablad siempre correctamente delante de ellos, haced que ellos no se plazcan con nadie ajeno a nosotros, y estad seguros de que insensiblemente se disputará su lenguaje con arreglo al vuestro sin que tengáis jamás que repetiros.

Pero un abuso de muy distinta importancia, y que no es menos fácil de prevenir, es el de que nos apresuramos demasiado en hacerlos hablar, como si se tuviese miedo de que ellos no aprendiesen a hablar por sí mismos. Este indiscreto apresuramiento produce un efecto directamente opuesto a aquel que se busca. Ellos hablan más tarde, más confusamente: la extrema atención que se pone en todo cuanto ellos dicen les dispensa de articular bien; y como ellos apenas se dignan a abrir la boca, muchos de entre ellos conservan durante toda su vida un vicio de pronunciación y un hablar confuso que les hace casi ininteligibles.

Yo he vivido mucho entre los campesinos y no he oído jamás tartajear a nadie, ni hombre, ni mujer, ni niña, ni niño. ¿De dónde procede esto? Los órganos de los campesinos ¿están contruidos de forma distinta que los nuestros? No, pero están ejercitados de modo distinto. Frente a frente de mi ventana existe un otero en el cual se reúnen para jugar los niños del lugar.

Por muy alejados que estén de mí, yo distingo perfectamente todo cuanto ellos dicen, y con frecuencia obtengo buenas anotaciones para este trabajo. A diario mi oído me confunde respecto a su edad; yo escucho las voces de niños de diez años, miro, veo la estatura y los rasgos de niños de tres a cuatro. Esta experiencia no se limita sólo a mí; los urbanos que vienen a verme, y a quienes consulto sobre ese particular, caen todos en el mismo error.

Todo esto obedece a que, hasta los cinco o los seis años, los niños de las ciudades criados en la habitación y bajo el ala de una aya, no tienen necesidad sino de marmotear para hacerse entender; al momento en que mueven los labios se toma trabajo para escucharlos; se les dictan palabras que ellos traducen mal, y a fuerza de cuidado, las mismas gentes que están en torno de ellos comprenden lo que quieren decir, antes que ellos lo digan.

En el campo sucede de un modo completamente distinto: un campesino no está sin cesar alrededor de su hijo; y se ve forzado a enseñar a decir muy claramente y muy alto cuanto tiene necesidad de hacerle oír. En los campos los niños dispersos, alejados del padre y de la madre y de los otros hijos, se ejercitan en hacerse oír a distancia, y a medir la fuerza de la voz sobre el intervalo que les separa de aquellos de quienes desean hacerse oír. He aquí cómo verdaderamente se aprende a pronunciar, y no a tartamudear algunas vocales al oído de una aya atenta. Puede suceder que cuando se interroga al hijo de un campesino, la vergüenza pueda impedirle la respuesta: pero todo lo que dice, lo dice claramente; en lugar de que precise que la buena sirvienta le interprete como al niño de la ciudad, sin cuya ayuda no se entiende nada de lo que él murmura entre dientes.¹⁸

¹⁸ Esto no carece de excepción; y con frecuencia los niños que en principio se hacen entender menos se convierten en seguida en los más aturdidos cuando comienzan a elevar la voz. Mas si fuese necesario tratar de todas estas minucias, yo

Al crecer, los muchachos deberían corregirse de este defecto en los colegios y las niñas en los conventos; en efecto, los unos y las otras hablan, en general, más distintamente que aquellos otros que han sido educados siempre en la casa paterna. Pero lo que les impide que adquieran nunca una pronunciación tan clara como la de los campesinos, es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas, y recitar en tono alto lo que han aprendido; pues al estudiar se habitúa a farfullar, a pronunciar descuidadamente y mal; al recitar es peor aún, ellos buscan sus palabras con esfuerzo y las arrastran prolongando sus sílabas; y no es posible que, cuando la memoria vacila, la lengua no balbucee también. Así se contraen o se conservan los vicios de la pronunciación. Se verá luego que mi Emilio no presentará esto o al menos no lo habrá contraído por idénticas causas.

Convengo en que el pueblo y los aldeanos caen en otro extremo, y es que ellos hablan casi siempre más alto de lo necesario, que pronunciando con demasiada exactitud, tienen las articulaciones fuertes y rudas, que poseen demasiada acentuación, que eligen mal sus términos, etc...

Pero primeramente, este extremo me parece mucho menos vicioso que el otro, dado que siendo la primera ley del discurso el hacerse entender, la mayor falta que se puede cometer es la de hablar sin ser entendido. Dolerse de no tener acento, es dolerse de quitar a las frases su gracia y su energía. El acento es el alma del discurso, le da el sentimiento y la veracidad. El acento miente menos que la palabra; acaso por esto sea por lo que las gentes bien educadas le temen tanto. Del hecho de decirlo todo con el mismo tono es de donde ha derivado el que chillen las gentes sin que lo sientan. Al acento proscrito suceden maneras de pronunciar ridículas, afectadas, y sujetas a la moda, tal como se observa sobre todo en los jóvenes de la corte. Esta afectación de palabra y de tono es la que hace generalmente desabrido y desagradable el francés a las otras naciones. En lugar de poner el acento en su hablar ellos ponen aire, lo que no es un medio de prevenirlos en su favor.

Todos estos pequeños defectos del lenguaje que tanto se preocupa contraigan los niños, no son nada; se les previene o se les corrige con la mayor facilidad; pero a aquellos que se les ha hecho que lo contraigan haciendo su hablar sordo, confuso, tímido, criticando incesantemente su tono, analizando todas sus palabras, no se corrigen jamás. Un hombre que aprendió a hablar únicamente en el arroyo se hará entender mal a la cabeza de un batallón, y no se impondrá de ningún modo a un pueblo amotinado. Enseñad primeramente a los niños a hablar a los hombres y sabrán hablar a las mujeres cuando sea necesario.

Criados en el campo en toda la rusticidad campestre, vuestros hijos adquirirán una voz más sonora y no se contraerán en el confuso balbucear de los niños de la ciudad, ellos no contraerán ni las expresiones ni el tono de la aldea, o al menos los perderán fácilmente cuando el maestro, viviendo con ellos desde su nacimiento, y viviendo día a día más exclusivamente, prevendrá o borraré, por la corrección de su lenguaje, la impresión del lenguaje de los campesinos. Emilio hablará un francés tan puro como yo puedo saberlo, pero lo hablará más distintamente y lo articulará mucho mejor que yo.

El niño que quiera hablar no debe escuchar sino las palabras que puede entender, no decir sino las que puede articular. Los esfuerzos que él hace para esto, le llevan a redoblar la misma sílaba, como para ejercitarse en pronunciarla más distintamente. Cuando él comience a balbucir, no os atormentéis mucho por adivinar lo que él dice. Pretender siempre ser escuchados es todavía una especie de imperio, y el niño no debe ejercer ninguno. Que os baste proveer muy atentamente a lo necesario; a él corresponde haceros comprender lo que no lo es. Mucho menos aún es necesario apresurarse a exigirle que hable; él sabrá hablar por sí mismo a medida que sienta la utilidad de hacerlo.

Es cierto que se ha comprobado que aquellos que comienzan a hablar muy tarde no hablan nunca tan distintamente como los demás; pero no sucede porque ellos hayan hablado tarde el que el órgano quede atrofiado, es, por el contrario, porque han nacido con un órgano en esa situación que les ha obligado a comenzar tarde a hablar; pues, no siendo por esa causa, ¿por qué ellos iban a hablar más tarde que los demás? ¿Tienen ellos menos ocasión de hablar? ¿Y se les excita menos? Por el contrario, la inquietud engendra este retraso, y desde el momento en que se percibe, hace que se atormente mucho más obligándoles a balbucir a aquellos que articularon con más oportunidad; y este apresuramiento mal entendido puede contribuir en mucho a que su hablar sea confuso, pues ya que con menos precipitación hubieran tenido tiempo de mayor perfección.

Los niños a quienes se ha obligado demasiado a hablar no han tenido tiempo a pronunciar bien, ni a concebir con exactitud lo que se les hace decir; de modo contrario, cuando se les deja obrar por sí mismos,

no terminaría; todo lector sensato debe comprender que el exceso y el defecto, derivados del mismo abuso, son corregidos igualmente por mi método. Yo considero estas dos máximas como inseparables: "siempre suficiente" y "nunca demasiado". De la primera bien establecida se sigue necesariamente la otra.

se ejercitan en principio en las sílabas más fáciles de pronunciar, y agregando poco a poco alguna significación que ellos entienden por sus gestos, os dan sus palabras antes de recibir las vuestras: esto hace que ellos no reciban éstas sino después de haberlas entendido. No viéndose obligados a servirse de ellas, comienzan por observar en qué sentido se las dais; y cuando ya están asegurados, las adoptan.

El mayor mal de la precipitación con que se hace hablar a los niños antes de la edad, no está en que los primeros discursos que se les dirigen y las primeras palabras que ellos dicen carezcan de sentido alguno para ellos, sino en que tengan un sentido distinto al nuestro, sin que acertemos a darnos cuenta de ello; de suerte que, pareciendo respondernos muy exactamente, nos hablan sin entendernos y sin que nosotros les entendamos. Es debido de ordinario a parecidos equívocos a lo que corresponde la sorpresa que nos causan algunas veces sus propósitos, a los que agregamos ideas de las que carecen. Esta desatención de nuestra parte al verdadero sentido que las palabras tienen para los niños, me parece que es la causa de sus primeros errores; y estos errores, aun cuando después sean subsanados, influyen sobre sus facultades durante el resto de su vida. En la continuación de esta obra tendré más de una ocasión para apoyar esto por medio de ejemplos.

Reducid pues lo más posible el vocabulario del niño. Es un grave inconveniente que él posea más palabras que ideas y que sepa decir más cosas de las que puede pensar. Yo creo que una de las razones por las que los campesinos tienen el espíritu más justo que las gentes de la ciudad, es porque su diccionario es menos extenso. Ellos poseen pocas ideas, pero las comparan muy bien.

Los primeros desenvolvimientos de la infancia se hacen casi todos a la vez. El niño aprende a hablar, a comer, a marchar casi al mismo tiempo. Esto es propiamente la primera época de su vida. Antes él es poco más de lo que era en el seno de su madre; carece de todo sentimiento, de toda idea; apenas si posee sensaciones; no siente ni aun su propia existencia:

*Vivit, et est vitae nescius ipse suae.*¹⁹

¹⁹ Vive, sin tener conciencia de su vida. (Ovidio, *Tristes*, I).